

SELECTA

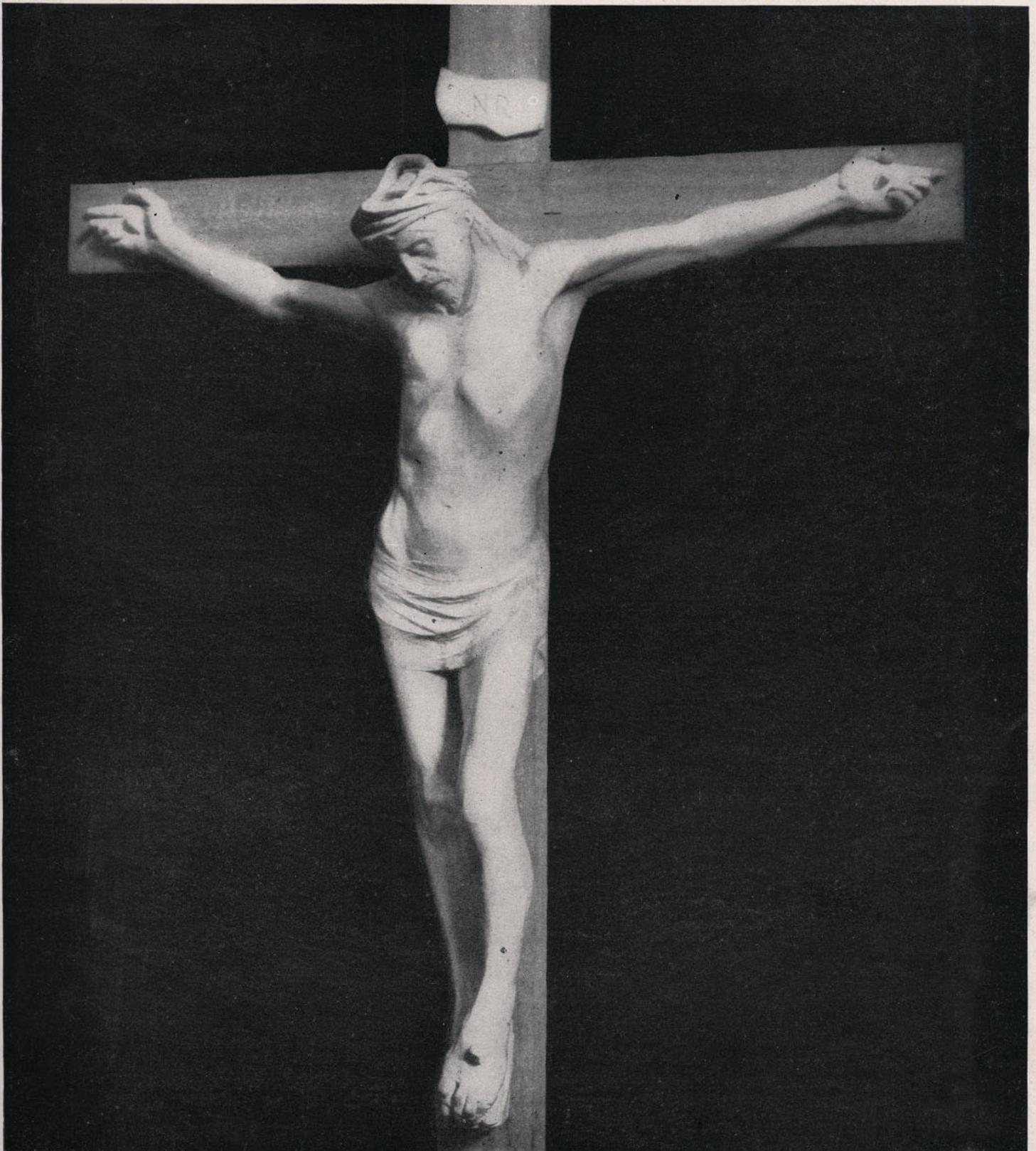
Año III
Número 1

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Santiago de Chile, Abril de 1911

Precio:
UN PESO

EDITORES PROPIETARIOS: EMPRESA ZIG-ZAG, TEATINOS 666



CRISTO EN LA CRUZ (Marfil)

ESCULTURA DE CONSTANTINO MEUNIER



LA ANUNCIACION

CUADRO DE PABLO VERONESE

HECHOS

ESTE año se ha prolongado el veraneo mayor espacio de tiempo que en épocas anteriores, acaso porque la sociedad tiene miedo de aburrirse en Santiago, acaso porque vamos cobrando por el ocio un amor entrañable. Cierta amigo mío, me decía, hace algún tiempo, con franqueza: mi ideal es el de la Economía Política, obtener el mayor resultado con el menor esfuerzo. Por más que se diga, y aún cuando se pondere las virtudes excelsas del trabajo, el ocio es algo encantador. Aún está por escribirse la *Canción del Ocio*, así como se ha escrito la del *Oro*. Y, dígase lo que se quiera, el ocio es indispensable para el desarrollo de la humanidad, es un factor indiscutible de progreso. Los griegos, nuestros grandes maestros, en todo, no hubieran podido escribir, sin él, sus obras maestras de arte y de literatura, que legaron, á la admiración de los siglos, los más acabados y perfectos modelos, como quien dice los *arquetipos*. Con ese objeto inventaron la esclavitud—ese hecho monstruoso en apariencia—gracias á la cual pudo Praxiteles esculpir sus estatuas ideales, Sófocles sus tragedias, Demóstenes y Esquines sus arengas, Platón y Aristóteles su filosofía. Mediante el ocio, grandes pensadores iniciaron la escuela *peripatética*, en la cual se enseñaba paseando á la sombra de jardines encantadores y de frondosas encinas, y se elevaba el espíritu, sin esfuerzo, en alas de un ocio divino, á las regiones más altas. ¿Qué, sino un grande ocioso, fué el pobre ciego Homero que recorría los caminos cantando, por un mendrugo de pan y un jarro de leche los versos más hermosos que haya producido hasta el presente el ingenio humano? Sin ese grande ocioso, el mundo carecería de su obra más sublime.

No queremos continuar la apología del ocio, no sea que se nos considere como un imitador de Quincey que escribió

Y NOTAS

un tratado sobre “El asesinato considerado como una de las Bellas Artes”.

Pero es lo cierto que nuestro pequeño mundo santiaguino continúa en los balnearios de Penco, Cartagena, Zapallar y Viña, terriblemente ocupado en no hacer nada—pues bien sabido es que nadie es más ocupado que la gente ociosa.—En Viña, siquiera, tienen los jóvenes disculpa. Se han visto obligados á atender á las señoritas argentinas que nos han hecho el honor de visitarnos, completando lo que á nuestros jardines les faltaba, en materia de belleza ó de gracia. Las fiestas han sido numerosas y hasta se han concertado no pocos matrimonios de carácter internacional. El alegre pueblecillo de verano continúa poblado de automóviles y de victorias, de gente elegante y divertida, de trajes lujosos y de fiestas, en incesante resonar de cascabeles—de esos mismos cascabeles que del cuello de los caballos suelen pasar á la cabeza de las mujeres.

Hasta se han dado fiestas oficiales en honor de los marinos extranjeros, como era justo, en pago de su exquisita galantería. Pero el ánimo se entristece al considerar la fuerza de contrastes que constituye el fondo necesario de la vida. Los marinos del “Delaware” nos traían los restos de Aníbal Cruz, muerto joven todavía, en su puesto diplomático. Era la suya una misión de duelo, de luto, de pesadumbre. Les enviamos con fiestas, les despedimos con champagne. Así se cumple, una vez más, cierta ley inevitable de la vida, que forzosamente habrá de perpetuarse y de manifestarse en todos los momentos. Risas y lágrimas forman la inevitable cadena.

Con todo, comienza á notarse la vuelta de mucha gente

que ó no sigue fielmente la moda ó que tiene niños, terribles tiranos, que piden colegio.

Es que ya comienza á preocupar á los padres la gravísima cuestión del porvenir de los hijos; no pocos saben que más vale darles una buena educación que no una fortuna cuantiosa. El dinero, sobre todo el adquirido fácilmente por herencia de padres ricos, y sin esfuerzo alguno, dura poco; sobrevienen, entonces, los días negros en los que no se encuentran preparados debidamente para la lucha de la vida.

Recuerdo haber conocido, en mis mocedades, una familia de jóvenes brillantes, considerados como los primeros partidos de Santiago en aquel tiempo. Dotados todos ellos de buena figura, elegantes, de modales distinguidos, no carecían de inteligencia, y pertenecían, por añadidura, á familia de rancios pergaminos. Su fortuna era cuantiosa, pasaba de millones y se encontraba invertida sólidamente en propiedades. ¿Cómo la perdieron? Es la historia de muchas y muchas caídas, más ó menos estrepitosas, en todas partes del mundo. Esos jóvenes fueron á París, en donde comenzaron á tirar su fortuna á manos llenas, sin contarla, seducidos por la admiración que creían despertar en torno suyo con sus generosidades locas. Refiérese que uno de ellos pagó seis mil francos por el arriendo de todo el primer piso de un restaurant en el cual daba un almuerzo y quería recibir exclusivamente á sus invitados. El gesto era hermoso, el rasgo de gran señor, pero un poco caro y, acaso, algo *rastaquouère*. Conocieron señoritas célebres de la Comedia Francesa y trabaron amistades con celebridades coreográficas de la Opera. Esas relaciones, si bien honrosas, cuestan caro, y los billetes azules de mil francos, equivalentes á nuestros grandes camarones de á mil pesos, desaparecían por obra de magia, ya que no de encanto.

Las propiedades se hipotecaron, no se pagaron los dividendos, tomando á lo serio aquello que decía cierto tramposo: "Yo no pago mis deudas porque *el deber es sagrado*..."

Y así, en cenas y champagne, en cartas que no eran las de Mme. de Sevigné, y en otras frioleras por el estilo... y *le reste*... como decía el bueno de Lafontaine, derrocharon alegremente su fortuna, sin verdadero placer, sin goces intelectuales ó artísticos, sin beneficio para su país. Otros se han arruinado inventando máquinas para volar ó lino-tipias, más al fin ha triunfado su idea y la humanidad le debe mucho á esos locos sublimes, pero los de mi cuento se arruinaron de una manera más vulgar.

Pasaron los años, dejaron de publicarse en los periódicos las reseñas de sus comidas ó de sus brillantes recepciones. Y los que fueron alegres calaveras de tono, concluyeron anónimos, perdidos en algún modesto empleo de provincia.

También recuerdo haber encontrado en un Club provinciano, al hombre más elegante de su tiempo, el señor X... No llevaba por cierto, la levita de corte de Pool, ni la gardenia en el ojal, ni el bastoncillo con puño de plata cincelada, ni los guantes gris perla. Su traje, pasado de moda, había cambiado varias veces de color, y su sombrero de paño suelto mostraba un aspecto extraño, era la gran moda de 1885. El propietario se suicidaba al año siguiente.

Aún cuando parezca una paradoja, es más fácil subir que mantenerse arriba.

Y la causa de todos esos dramas se encierra, sin lugar á duda, en un sólo punto: la educación.

Es la semilla oculta que germina, en virtud de leyes misteriosas, en las profundidades del subsuelo. Aparentemente se desarrolla sola, pero no es así. El suelo ha necesitado difíciles labores, ha sido preciso arar y remover la tierra, exponerla al sol, trazar los surcos, arrojar la semilla en buenas condiciones y tajarla convenientemente, darle riegos, y para eso abrir canales, fosos y acequias. Luego viene la acción del cielo, caen lluvias, se levantan soles y tenemos el campo de mieses doradas.

La educación, con su doble faz de instrucción de la inteligencia y de formación del carácter, decide la suerte futura del hombre. Los sacrificios que por ella hagan los padres, por grandes que sean, no serán estériles. Acaso pasen desapercibidos para la mayoría, más llega precisamente un momento en que se ven los frutos, en que gracias á ellos el porvenir se abre y se presenta despejado.

No nos preocupemos tanto de la cacería de diplomas cuanto de la instrucción efectiva y sólida, la de alcance práctico, la que permite manejarse en la vida de los negocios y en la existencia ordinaria, la que desarrolla la perseverancia en el esfuerzo, la energía, el dominio de sí mismo, y, con él, el dominio sobre los demás. Nunca podrá mandar el hombre que no comience por gobernarse á sí propio.

La formación del carácter es, en gran parte, la obra de los padres. Que comiencen por apartar á sus hijos de lo que sea mísero ó bajo, señalándoles siempre altos ejemplos y nobles acciones, la generosidad de alma, la comparación por los caídos, la constancia en los esfuerzos, la modestia, la honradez. Esta última condición se está volviendo escasa entre nosotros, por desgracia. La mezcla de raza española y araucana es esforzada ó audaz, pero inclinada á la rapiña. No sabe bien la diferencia entre "lo tuyo y lo mío". Y de aquí nacen los fraudes que han menoscabado en muchas partes el valer de nuestros productos.

La vida de los negocios no puede existir sin la honradez por base. He aquí una de las dificultades principales con que tropiezan en Chile los esfuerzos sanos y bien encaminados. Un sastre á quien echaba en cara lo enorme de los precios, comparados con los que cobran los sastres en Europa, me respondió tranquilamente: "Eso que usted dice, es exacto, nuestros precios son más caros que los de los sastres europeos, pero usted no se figura el número de *clavos* que tenemos, y todos de gente conocida. Los que nos pagan de veras, tienen que pagarnos *por los que no lo hacen*..."

Esas malas tendencias de nuestra sociedad, y esos vicios de vida general, que tienden á encarecerlo y dificultarlo todo, se enmiendan poco á poco, mediante la creación de ideales sanos en la familia. Comencemos educando la fantasía y el corazón del niño, al mismo tiempo que le instruimos en los conocimientos esenciales de la vida moderna.



La Virgen y el niño (Relieve).—Cuadro de Verocchio



LA CRUCIFICACION

CUADRO DE DUCCIO DI BERONINSEGNA

Duccio de Siena (1240-1302). — Demuestra cierta libertad en los movimientos y á él se le debe un principio de realismo.

Giotto de Florencia (1266-1337). — Dió un paso de gigante animando á sus personajes, dotándolos á la vez de movimiento y expresión y agrupándolos con armonía; aunque desprovisto del colorido y luz que hacen el prestigio y encanto en el siglo siguiente. Puede decirse que la escuela italiana nació con Giotto.

La aurora del siglo XV inaugura una era gloriosa para la pintura en Italia. Este país gozaba á la vez de una gran prosperidad material y de una intelectualidad resplandeciente. Los espíritus se habían pulido con el estudio del arte y de las letras griegas y romanas; la escultura renacía, la pintura alcanzaba una perfección que jamás había conocido.

Los primeros y mejores pintores de este siglo aparecieron nuevamente en Florencia. Bajo el dominio de los Me-



SAN FRANCISCO MUERTO RODEADO DE SUS COMPAÑEROS

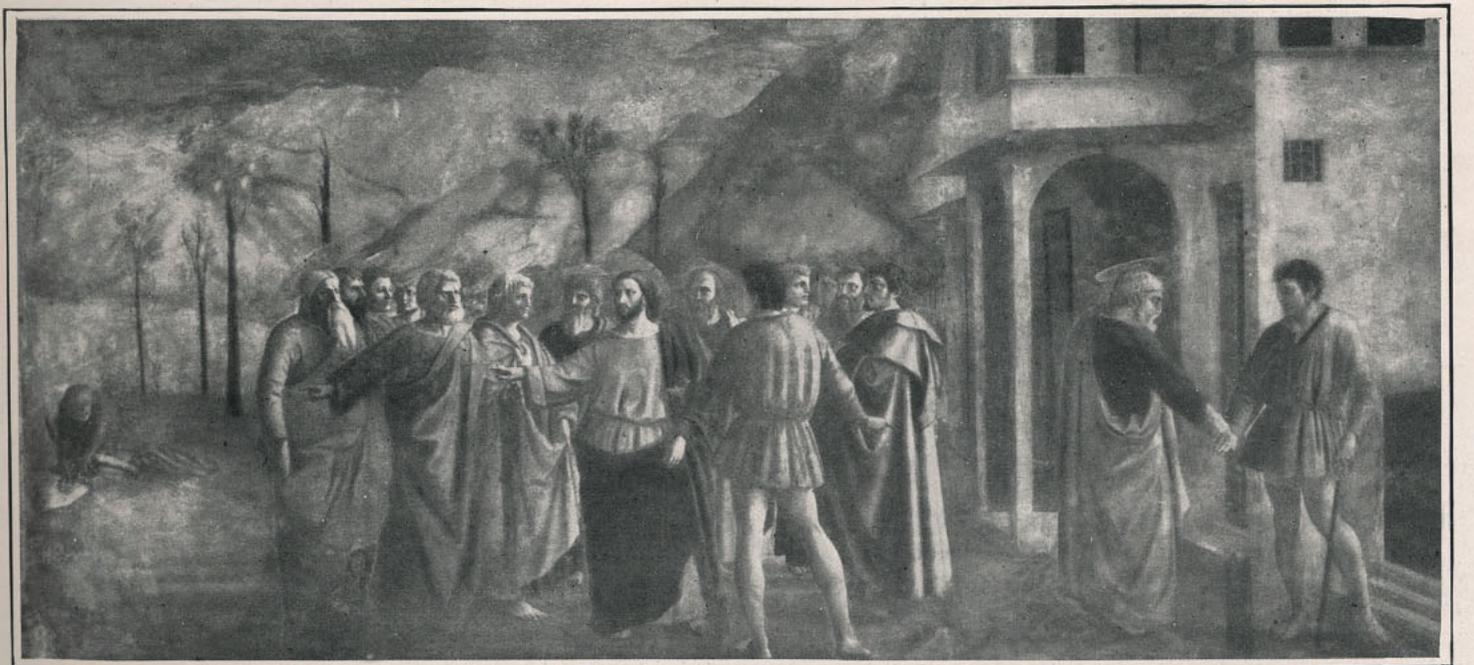
CUADRO DE GIOTTO

dicis esta ciudad llegó á ser el verdadero hogar de la cultura, un centro del arte de donde radearán los maestros más ilustres del Renacimiento.

El arte comenzó en este siglo por cubrir las paredes de las iglesias y palacios de frescos; todos ellos de concepciones ideales, de un esmero por conseguir lo bello y de una pureza de sentimientos que son las características principales de esta época.

Los primeros representantes de esta era fueron Masolino

da Panicale (1383-1447?) y Masaccio (1401-1428?). Los dos comenzaron la decoración de los muros de la capilla de Brancacci, iglesia de Santa María del Carmine en Florencia; pero esta obra no fué concluída sino muchos años después por Filippino Lippi. Con Masolino y Masaccio el arte despierta de su letargo gótico, y puede decirse que renace á la vida; los cuerpos toman sus formas, los movimientos se asemejan al natural; la actitud y expresión encuentran bastante de sus caracteres humanos.



LA MONEDA DEL TRIBUTO

CUADRO DE MASACCIO

CONVERSANDO SOBRE ARTE. = El arte religioso

La historia del Arte está íntimamente ligada á la historia de las religiones. En una conversaci3n anterior, dije que las primeras manifestaciones artísticas que nos han sido reveladas por descubrimientos hechos en las grutas de los trogloditas, no parecían tener otro objeto que el de reproducir lo que más llamaba la atención del... "artista". Ahora bien, es casi indudable que las segundas manifestaciones, por lo menos de las que conocemos, tuvieron una intenci3n religiosa. Desde los tiempos prehist3ricos, en cualquiera 3poca que tengamos recuerdos, en cualquiera parte del mundo, en cualquiera civilizaci3n 3 estado social, las principales obras de arte tuvieron por objeto simbolizar o materializar una divinidad, y eso se puede notar desde los más íntelices, los más bárbaros, los más salvajes habitantes del centro de Africa o de la Europa, hasta los más refinados representantes del progreso humano: los indios; primero, y, quizás los incas (?), los fenicios, los egipcios, los griegos, los romanos... hasta llegar al fin á la esplendorosa aurora de la Era cristiana moderna.

En muchos de los casos, en los tiempos antiguos, el arte se concretó únicamente á crear ídolos, primero, y á simbolizar ideas divinas, después. Del arte indu, por ejemplo, fuera de la parte puramente decorativa, parece que no existiera otra manifestaci3n, que la representaci3n, diríamos hoy día, la ilustraci3n de todos los avatares de todas las reencarnaciones, de Siva, de Vishnú, de Brahma, con todos los símbolos que contienen estas tres divinidades, ó mejor dicho, estas tres manifestaciones de una sola divinidad. Ahí, todo es claro y sencillo. En el arte de los fenicios y de los asirios, los símbolos se hacen más complicados, pero es indudable que todas las figuras grabadas sobre los monumentos tienen un carácter religioso. Sin embargo, con los egipcios, algo profano viene á mezclarse al arte, pues, parece evidente que las pinturas que decoran las salas funerarias representan episodios de la vida del que duerme su sueño eterno en el monumento fúnebre. Pero eso no impide que la inmensa mayoría de las obras de arte de toda esa 3poca, obras de escultura, de pintura y de arquitectura tengan un carácter netamente religioso. A medida que nos acercamos á los tiempos de la civilizaci3n actual, este lado profano del arte va ensanchándose cada vez más, pero al mismo tiempo en el dominio religioso, las imágenes y las ideas van también purificándose, ennobleciéndose. En el arte griego, la divinidad se hace humana, es cierto, pero, precisamente por eso adquiere una delicadeza, una sensibilidad y también una dignidad de que carecían los ídolos anteriores.

El arte que podemos llamar moderno no tuvo en sus orígenes otro objeto que servir á la religi3n cat3lica y glorificar á Jesús y á los santos. Pero ya, este arte, al inverso de todas las manifestaciones artísticas religiosas anteriores, tenía una base real, verdadera y humana al mismo tiempo que divina, mientras las otras eran puramente simbólicas y fantásticas. Jesús, la Virgen, los santos eran personajes que habían existido y los detalles materiales de su vida en la tierra eran conocidos por documentos reales, aún prescindiendo de toda idea sobrenatural ó mística. Pero en la 3poca de las primeras manifestaciones artísticas, en la Edad Media, lo que dominó sobre todo detalle material ó hist3rico fué una fe intensa, una fe que hacía que toda pintura, escultura y aún todo motivo arquitectónico era una *oraci3n*, un himno al Dios revelado. Todas las obras de esta 3poca, cuyos autores fueron estos grandes artistas, en muchos casos anónimos, que llamamos los Primitivos, tienen este carácter intenso de religiosidad y de misticismo. En ellos, la mano del artista desaparece, su personalidad procura esconderse, ó mejor dicho, el artista no piensa en hacer una obra de arte: únicamente quiere expresar, por medio de sus pinceles, su amor, su adoraci3n á Dios. Por eso, estas obras son únicas en la historia del arte mundial, son únicas como son únicos ciertos cantos de la Liturgia, y entre todos el prodigioso, el sublime "Dies iræ", cuyo autor es desconocido, como son únicas ciertas catedrales ó capillas g3ticas, de que se ha podido decir que fueron construidas con la fe de los pueblos.

El más perfecto, el más puro, el más ideal de los artistas de esa era fué el divino Fra Angélico que verdaderamente llegó casi á la completa *inmaterializaci3n* del arte, y que seguramente *vió* á los ángeles que pintó. Siendo él un precursor genial, en sus obras no existen estas torpezas materiales de que *debemos* prescindir, cuando miramos un cuadro de un primitivo... pero eso cuesta algún esfuerzo á nuestros ojos y á nuestros cerebros, ya demasiados acostumbrados á todos los refinamientos de las formas. Fra Angélico alcanzó, pues, á la perfecci3n completa en el arte religioso cat3lico, y, es indudable que después de él, al punto de vista *puramente religioso*, empezó la decadencia de este arte.

Efectivamente, aún antes del Renacimiento, cierto amaneramiento empezó á manifestarse en los cuadros religiosos, amaneramiento de que no fué exento ni el Perugino, el último de los Primitivos, ó el primero de los pintores del Renacimiento, el maestro, en fin, de Rafael. Este genio único en la historia del arte, no podrá, en ningún caso, producir una obra en que se notara el menor síntoma de decadencia, pero sin embargo, al punto de vista puramente religioso y místico, sus cuadros no tienen la pureza inmaterial de los de Fra Angélico. Las Vírgenes que él pintó, idealmente puras y bellas, simbolizan la maternidad, el cariño maternal, son ya mujeres, mientras que las Vírgenes de los Primitivos eran seres intangibles é inmate-

riales. Y, después de Rafael, el arte religioso va perdiendo cada vez más, su carácter de pureza: sigue, después de todo, el proceso de la evoluci3n del espíritu humano. Naturalmente, produce y durante muchísimos años, obras magnificas y raras, pero los artistas no pintan ya con la misma fe; la parte material y decorativa de la pintura domina cada vez más sobre la parte mística y, muy pronto llegamos al momento en que las escenas sublimes de la Vida de Jesucristo, sean consideradas solo, como *pretextos* á composiciones ingeniosas y pintorescas!

Sin embargo, desde el Renacimiento hasta nuestros días, el arte religioso pasó por muchas y curiosas evoluciones, y siguiendo la ley primordial del arte general, sirvió á reñejar las 3pocas y las razas. En una palabra, el arte religioso siguió las mismas fases que las mismas religiones. ¿Quién, por ejemplo, no podría presentar la Inquisici3n española al ver una obra de Zurbarán ó de Valdes Leal? Estamos á mal regatas ya de Fra Angélico, no se trata de pureza mística y angelical, no es un hedonista y un símbolo de caridad y de amor, que tenemos á la vista, no es el cielo diáfano y luminoso que se abre para nosotros, sino el Infierno, la venganza y el castigo sin esperanza! Por un brusco e increíble retroceso las figuras suaves y divinas de la historia cristiana, han vuelto á tomar todo el aspecto, toda la rudeza de un Baal ó de un Moloch, Saint Victor ha escrito: "Hay en el Louvre un cuadro que parece el retrato de familia (de la Inquisici3n) todos los tipos del Santo Oficio están juntos, como en el grupo de un apoteosis. Es el "San Basilio enseñando su doctrina", de Pierini, el mayor. En el centro de la tela está San Basilio, anciano italiano, de aspecto leonino, cuya larga barba semejan una melena de hera; está clamando anatemas. A su derecha, un monje rubioso blande, como un punal, la pluma con que está escribiendo. La capucha forma un marco tético á su espantosa cara; un trenesí tuercé su boca y hace pesunear sus ojos muertos. A la izquierda, un obispo repelente, se echa atrás en una postura arrogante. Detrás del grupo se destacan cabezas de frailes, curiosas, amenazantes, cuyos ojos aiden como tizonas de una hoguera. Encima de este conjunto diabólico se cierne el Espíritu Santo; pero el pinceles siniestro ha dado á la Paloma divina garras y ojos de buitres: baja sobre San Basilio como si quisiera sacarle los ojos. Las cabezas de los angelitos sembrados en el cielo del cuadro, hacen muecas de niños enojados. Es el Infierno en sesi3n plena. Uno cree ver estos demonios que, en las leyendas, se visten de casullas y capas de coro para burlarse de las ceremonias de la Iglesia!"

¿Qué ojos estamos ¿no? de Fra Angélico y de Rafael! Pero, todavía ahí hay una idea, una intenci3n indudablemente religiosa. Pronto vendrá el momento en que en los cuadros religiosos, no existirá ya idea religiosa...

En todo este período del arte religioso español, la idea religiosa es deformada, es cierto, la fe que le inspira parece hecha más de amor que de amor; los Cristos, las Vírgenes, los santos, tétricos, decarnados, sangrientos, causan miedo y horror; no hay ahí ni amor ni esperanza; algunas veces un viento de locura atraviesa estas pinturas, como en ciertos cuadros de "El Greco", pero indudablemente hay fe todavía ó por lo menos preocupaci3n mística. Mientras tanto, en la Italia, para pasar de ahí á Francia y á las Flandes, el Renacimiento transformaba bruscamente el arte idealmente místico de los Primitivos. (Sin llegar á los extremos de los Prerafaelitas y de los "Rose-Croix", tengo mis dudas sobre la *completa* excelencia del Renacimiento. Creo que en esa 3poca, lo que el arte ganara en esplendor y en exterioridades, lo perdió en profundidad y en interioridades. Pero ¿cómo hacer teorías restrictivas sobre la 3poca de Vinci y de Rafael?) Cerrando este paréntesis de pequeño desahogo personal, seguiré, pues, mi camino.

Decía que con el Renacimiento el arte religioso se transformó completamente. Desde entonces, no fué místico, sino decorativo y esplendoroso. Sirvió á magnificar las pompas de la Iglesia triunfante. Toda la escuela romana y después, la veneciana, la flamenga, con Rubens y Van Diek, la francesa de la 3poca de Luis XIII y Luis XIV, con Felipe de Champagne y Le Brun—(Lesueur fué un místico extraviado en esa 3poca)—todas estas escuelas nos han dejado obras admirables de pintura religiosa, pero en *todas*, se siente que el asunto del cuadro es solamente un *pretexto* para hacer grandiosas composiciones, derroches de ricas armonías, de soberbio dibujo, y aún, ¡ay! de sentimentalismo, pero si usted busca en ellas fe verdadera, sincera religiosidad, dudo mucho que les pueda encontrar. Con el mismo entusiasmo artístico, Ticiano y Rubens pintaban una Virgen ó una... Venus. El pintoresco seducía mucho más á los pintores que la pureza del dogma cristiano... y los mismos Papas celebraban con igual regocijo, en sus artistas favoritos, una obra erótica como una obra religiosa.

En Francia, Le Brun daba á sus cuadros religiosos, todo el carácter, toda la magnificencia de la Corte del Rey-Sol y los lugares en que colocaba los personajes de sus cuadros, que parecían grandes señores y cortesanos, evocaban la idea de un Versalles ó de un Louvre. Sin embargo, en la misma 3poca se produjo un hecho muy digno de atención con las obras del Poussin. Hasta entonces, lo que menos había preocupado á los pintores de asuntos religiosos, lo mismo los Primitivos místicos que los del Renacimiento, era la indumentaria y la verdad hist3rica de las escenas de la Historia Sagrada que re-



MADONA DELLA CASA ALBA

CUADRO DE RAFAEL

presentaban. Casi siempre, los paisajes eran completamente fantásticos, como los del Vinci, ó arreglos de lo que el pintor tenía á la vista, villas italianas, en los cuadros italianos, fortalezas en los alemanes, y castillos en los franceses; en cuanto á la indumentaria de los personajes era completamente convencional: el hecho, pues, que quería señalar es que el "Poussin" fué el primero quien, después de Rembrandt, tuvo la idea de componer sus escenas bíblicas, con paisajes reales y verdaderos: no buscó, es cierto, la verdad geográfica é histórica, pero quiso dar la idea de una escena natural y vívida. Por lo demás, se dedicó más á la Historia del Antiguo Testamento, que á la del Nuevo

Desde entonces y durante muchos años, el arte religioso se quedó estacionario. Se había llegado á una especie de fórmula, lo mismo para las figuras que para las composiciones de las principales escenas de la historia religiosa y los pintores recibían y cumplían los encargos de esta índole de una manera casi mecánica. Sin embargo, algunos grandes artistas pintaron obras maestras con temas religiosos, pero, si el tema era religioso, se siente demasiado que las ideas é intenciones del artista eran completamente profanas, y la inteligencia reemplazaba la fé. ¡Hubo artistas que hacían profesión de ateísmo y que ejecutaron obras religiosas notables!

En fin, en la segunda parte del siglo XIX, se produjeron varias manifestaciones muy distintas, pero muy nuevas en el arte religioso; la primera fué la busca de la verdad histórica, en la indumentaria, los paisajes y las propias figuras de los principales actores del gran Drama Cristiano. La arqueología vino á mezclarse al asunto para quitarle la última señal que tuviera de idealismo y de espiritualismo. Entre otros, el pintor James Tissot, pasó largos años en Palestina, procurando reconstituir en una larga serie de acuarelas, la verdad histórica de la Vida de Jesucristo. El trabajo fué considerable y el resultado... triste! Mientras tanto, otra escuela, reaccionando contra esta sequedad del documento histórico, en un asunto cuya importancia es puramente ideal y espiritual, quiso buscar únicamente el símbolo del Evangelio y los jefes de esta escuela encontrando que el documento histórico alejaba el espíritu de la idea del símbolo y que la indumentaria convencional que durante tanto tiempo había sido una fórmula única, era verdaderamente molesta y fuera de moda, tuvieron la idea de adaptar los Evangelios á la vida moderna: la idea, por lo demás, es mucho menos original que no lo parece á primera vista, pues, existe un cierto cuadro llamado las "Bodas de Cana" de Pablo Veronese, en que esta idea está aplicada hasta los últimos límites!

Pero en este famoso cuadro, y en otros de la misma época y del mismo estilo, ya el tiempo ha hecho su obra, y la indumentaria de

los personajes, nos parece, á nosotros arcaica, pero, para los contemporáneos del pintor, era ultra moderno, tal como el smokyng ó la falda "entravée" para nosotros, y la diferencia con los cuadros modernos, hechos con la misma intención es que esa indumentaria era algo más decorativa y que, verdaderamente, se prestaba más á efectos de suntuosidad artística. Sin embargo, entre los modernos que quisieron interpretar en esta forma la historia de Cristo, hay una comprensión, indudablemente, más profunda y más seria del Evangelio: el primero de estos artistas fué el pintor alemán de Uhde, cuya muerte fué anunciada, hace muy poco tiempo por los diarios. Lo que quiso representar este gran pintor fué el Cristo de los humildes, y sus cuadros impregnados del verdadero espíritu del Evangelio, vuelven á dar una nota nueva, pero sincera, de religiosidad. Después, siguiendo sus huellas, otros pintores pusieron á Cristo en medio de escenas modernas, hicieron de El, el emblema del socialismo cristiano, según algunos, y hasta anárquico para otros!—(Yo he visto, en la sala de teatro de la Casa del Pueblo, en París, donde se daba la representación única de un drama titulado "La Pascua socialista"... un cuadro representando á Jesucristo, ocupando un sitio de honor entre varias figuras del socialismo y del anarquismo!)—Entre los primeros de estos artistas del socialismo cristiano debe citarse á Juan Bérard, el ex-pintor exclusivo de las elegantes parisienses; cuyos cuadros neo-religiosos, de la "Magdalena besando los piés del Cristo, en un salón del Maxim's" y de un "Descendimiento de la Cruz, en Monmartre", produjeron sensación, hace algunos años. Con todas estas tentativas de renovar los modos de expresión de la Leyenda divina, hay un punto digno de atención, es que la figura misma de "Cristo" queda excluida de la envoltura moderna: en medio de los magnates de Veronese, de los campesinos de Uhde, de los vividores ó de los obreros de Béraud, El está siempre con la túnica y el manto tradicionales.

En fin, antes de terminar este esbozo de las transformaciones sucesivas del arte religioso, debo señalar la escuela, la más moderna, la de los neo-místicos, cuya intención, á juzgar por las obras de uno de los pintores más caracterizados entre ellos, Mauricio Denis, sería de juntar y amalgamar los dos extremos, unir los dos eslabones más opuestos de esta larga cadena, el puro y divino misticismo de Fra Angélico, con la fórmula que admite la forma exterior moderna. Lo que se puede decir de esta escuela es que sus principales jefes, por lo menos, son sinceros, y que, cosa que desde muchísimo tiempo, salvo raras ocasiones, no se conocía, ellos pintan con amor y respeto, lo que para un verdadero creyente, para un hombre de fe sincera y profunda, es efectivamente, lo más hermoso, lo más definitivo, lo más sublime que se pueda concebir, las escenas de los "Evangelios".

RICHON-BRUNET

LA SEMANA TRÁGICA

Miles de años han transcurrido, y millares de estrellas han muerto en lugares remotos del espacio, desde que pasaron esos días de la semana trágica de la civilización cristiana, semana trágica de las tradiciones históricas de la vieja Palestina. Un acontecimiento formidable debía transformar los mundos, acabar con el viejo paganismo que había llegado al zenit con la dominación romana. Los Césares, vencedores y dominadores del mundo, después de perseguir como á fieras á los cristianos, haciéndoles perseguir en el Circo, acabaron por aceptar su religión, estableciendo la sociedad, la familia y el Estado sobre principios cristianos. Todo eso data desde la Semana trágica, en que fué crucificado el Cristo.

Había partido, con sus discípulos, para ver por última vez la ciudad incrédula. Las esperanzas de sus amigos habían tocado los lindes extremos de la exaltación. Creían, todos ellos, que en llegando á Jerusalem, habrían de dar con el reino de Dios. La impiedad de los hombres tocaba en su apogeo, como si fuera señal de que la consumación se hallaba próxima. Por tal manera se hallaban persuadidos de esto los discípulos, que habían dado en discutir hasta la presencia en el reino de Dios. Aquel fué el instante escogido por Salomé, para solicitar como privilegio, dos asientos, el uno á la derecha y el otro á la izquierda del hijo del hombre. El Maestro, por el contrario, sentíase asaltado por las más graves ideas. En ocasiones, dejaba traslucir, en contra de sus enemigos, los más sombríos sentimientos; refería la parábola de un personaje noble que partió para recoger un reino en países lejanos; más, una vez partido, ya sus concidatanos no quieren de él. El Rey vuelve, ordena sean traídos á su presencia todos aquellos que no han querido que él reine sobre ellos, y los hace reducir á la muerte. En otros momentos, rompe de frente con las ilusiones forjadas por los discípulos. Como anduviesen por los caminos pedregosos que rodean á Jerusalem, se adelantó solo Jesús, precediendo al grupo de sus compañeros. Todos le consideraban en silencio, movidos por sentimientos de temor, y sin osar interrogarle. Ya, en varias ocasiones, les había hablado de padecimientos futuros, en tanto que ellos le escuchaban con el corazón apretado.

Jesús tomó al fin la palabra, no ocultándoles ya sus presentimientos, y les habló de su fin próximo. Dilatóse una gran tristeza, como sombra, por toda la gente. Los discípulos esperaban divisar en las nubes el signo. El grito triunfal de: "Bendito sea el que viene en nombre del Señor" resonaba en la compañía con acento alegre. La nueva

y sangrienta perspectiva la turbó. A cada paso del camino fatal, el reino de Dios se acercaba ó se alejaba en los mirajes de sus ensueños.

Cuanto á El, se confirmaba en que iba á morir más, al mismo tiempo, en que su muerte salvaría al mundo. El equívoco de los discípulos se tornaba á cada instante más profundo.

Una costumbre consagrada la de llegar á Jerusalem varios días antes de Pascua para prepararse á ella. Jesús llegó después de los demás, y cuando sus enemigos comenzaban á creerse frustrados en la esperanza de cogerlo. El sexto día antes de la fiesta alcanzó, por fin, hasta Betania (el 28 de Marzo). Bajo, según su costumbre, á la casa de Lázaro, de Marta y María, donde Simón, el Leproso. Hicieronle una recepción suntuosa. Hubo en casa de Simón una cena, á la cual asistieron numerosas personas, movidas por el deseo de conocerlo. Marta, servía según su costumbre. María, para dar al festín mayor aire de fiesta, penetró, durante la comida, llevando un vaso con perfumes que derramó sobre los piés de Jesús. En seguida rompió el vaso, según la antigua costumbre, con arreglo á la cual se rompía el vaso usado por un extranjero de distinción. Por último llevando los testimonios de su culto á extremos hasta entonces desconocidos, se prosternó, y limpió con sus cabellos los piés del Maestro. La casa quedó llena de perfumes, con regocijo general, salvo el avaro Judas de Kerioth. Para los personajes económicos de la compañía, eso rayaba en la prodigalidad. El ávido tesoro calculó inmediatamente el precio del perfume, y cuando hubiera procurado á la caja de los pobres. Eso descontentó á Jesús. Aguardábanle los honores, porque los honores servían á su propósito de asentarle como hijo de David. Por lo tanto, cuando le hablaron de pobres dijo: "Tendreis siempre pobres con vosotros, más no me tendreis siempre á mí". Y exaltándose, prometió la inmortalidad á la mujer que le procuraba de esta suerte, una muestra de amor.

Jesús bajó de Bethania á Jerusalem al día siguiente. ¡Qué de ideas altas y de hondas meditaciones se adueñaban de su ánimo! Al volver del camino desde lo alto del Monte de los Olivos, pudo contemplar la ciudad á sus piés; la contempló, y lloró sobre ella, dirigiéndole un llamado postrero. Al pie de la montaña, á unos cuantos pasos de la puerta, junto al muro oriental de la ciudad llamada Betfagé, sin duda por las muchas higueras que allí se aparecen, tuvo todavía un instante de satisfacción humana. El rumor de su

venida había tomado cuerpo. Los galileos llegados á la fiesta, se habían regocijado con esto, preparándole un pequeño triunfo. Trájeronle una burra, aparejada de su pollino, según la costumbre.

Los galileos colocaron sus hermosos trajes á guisa de aparejo, haciéndole sentar. Otros arrojaban sus vestidos sobre el camino, cubriéndole de ramas verdes, al paso que gritaban: "Hossana al hijo de David. Bendito sea el que viene en nombre del Señor". Algunas personas le daban el título de Rey de Israel. "Rabbi, hazles callar",

prosélitos griegos, llenos de ávida curiosidad, quisieron contemplar á Jesús. Más, Jesús, siguiendo la costumbre, quiso pasar la noche en su querida aldea de Bethania, en las colinas del Monte de los Olivos, donde tenía numerosos amigos.

El alma plácida y serena de Jesús, había revestido un manto de tristeza. Antes de su prisión, que preveía, sintió una inmensa congoja, vacilaciones y turbaciones, á manera de agonía anticipada. "Mi alma está turbada, ¡oh, Padre, sálvame en esta hora", dijo. Creíase que



SAGRADA FAMILIA

CUADRO DE MIGUEL ANGEL

le decían los fariseos. "Si se callan, las piedras hablarán", les contestó Jesús y entró en la ciudad.

Es de contemplar, con la imaginación, á Jerusalem, la hermosa ciudad bañada en el radiante sol de oriente, un sol sin igual que se puso hace mil novecientos años, con la alegría en los semblantes de la multitud que llevaba palmas en sus manos, y la blancura nívea de los edificios que parecían almas de creyentes.

Por lo común, un acontecimiento como la llegada de un extranjero, debía ser suceso de poca monta, más la llegada del Profeta causó un movimiento de extraordinaria trascendencia, odio en sus enemigos, los fariseos, extrema alegría en los amigos y discípulos. Entre los extranjeros, la emoción aparecía todavía más viva. Algunos

le hablaba una voz del cielo y que un angel bajó á consolar á la envoltura humana en nombre del Padre divino. Según las versiones, el suceso se habría verificado en el jardín de Gethsemani. Jesús se alejó á tiro de ballesta de sus discípulos, acompañado de Cefos y de los dos hijos de Zebedeo. Su faz, convulsionada por la agonía, se inclinó hacia la tierra, nuestra madre común, en signo de humildad divina. Y rezó. Su alma se entristecía hasta la muerte, terrible angustia pesaba sobre El, pero la resignación á la voluntad del Padre predominaba sobre todo. El peso de la enorme misión aceptada, abrumaba la envoltura humana de Jesús, cruelmente. La naturaleza humana despertaba. El terror, la vacilación, se apoderaba de ella, sumiéndole en desfallecimientos peores que la muerte. El sér que



EL BESO DE JUDAS

CUADRO DE LEONARDO DE VINCI

(Museo del Prado)

sacrifica á una grande idea su reposo y las recompensas legítimas de la vida, experimenta siempre las reacciones tristes al verse, sólo, en presencia de la muerte que avanza, con su imagen descarnada y cruel, tratando de persuadirlo de lo vano de las tentativas, de los esfuerzos y de los sacrificios. Quizás los recuerdos conmovedores de la infancia, acudieron como bandadas de palomas, con todas sus ternuras, al alma divina, como una visión radiante, en aquel día de sol, cuando la tarde caía, y un soplo dulce llegaba del desierto á mecer las palmas y los olivos. Acaso recordó las claras fuentes de Galilea, que refrescaron su ardor en días queuantes; la viña y la higuera movieron sus hojas dulcemente. ¿Deploró entonces su amargo destino que lo consagraba al sacrificio supremo, después de negarle todas las alegrías legítimas de la vida?

Todas las tempestades interiores de Jesús permanecían ocultas á sus discípulos. Suplían con ingenuas suposiciones todo lo grande que agitaba esa alma que no alcanzaban á comprender, y lo infinito del alma del Maestro. Más, pronto, la naturaleza divina aplastó los movimientos de la envoltura humana. Pudiendo evitar la muerte, no lo quiso. Era que el amor á su obra triunfaba sobre todo; se superponía á las flaquezas naturales de los humanos, y le incitaba á beber hasta las heces del cáliz de amargura. Jesús se encontraba á sí mismo. Sólo quedaba en pie el héroe incomparable de la Pasión, el fundador de los derechos de la conciencia, el Profeta divino del Amor y del Bien, el modelo al cual tratarán en vano de acercarse las almas atribuladas, pero que les dará en cambio la fortaleza en medio de las dificultades de la vida.

Los Fariseos y la aristocracia del templo, esperaban la llegada de Jesús, con propósitos malévolos, aún cuando no hubieran formado plan definitivo de venganza. La audacia de los provincianos festejando en las puertas de Jerusalem el advenimiento del Rey mismo, acabó de exasperarles. Reunióse un Consejo en casa de Caifás el día Miércoles. Quedó resuelta la prisión de Jesús, para lo cual moverían todas sus influencias ante las autoridades romanas. Un gran sentimiento de orden y de policía conservadora, según su criterio, les movía. Pero, al mismo tiempo, querían evitar el escándalo.

Como la fiesta de Pascua, que comenzaba aquel año el Viernes en la noche; era día de exaltación y de movimiento para las multitudes, se resolvió adelantar las operaciones. Jesús era popular y se temía un motín. Resolvieron, de igual modo, no prenderle en el templo, al cual asistía diariamente con sus amigos, si no en lugar tan apartado como secreto. Querían maniobrar en la sombra y en el silencio. Los agentes de los sacerdotes espieron á los discípulos, sondeádoles para obtener datos útiles mediante su debilidad y su candor. Supieron cuanto necesitaban por Judas de Kerioth. Ese miserable, por móviles que la conciencia humana no se explica, resolvió entregar á su Maestro, dió cuantas indicaciones eran precisas, y se prestó á conducir la tropa que hubiera de prender al Maestro. Judas vivía, como los demás discípulos, en medio del afecto y de las enseñanzas de Jesús. La avaricia corroía sus entrañas, amaba el dinero sobre todas las cosas de este mundo. Con todo, eso no bastaría para explicar su acción monstruosa que le entregaba su cariño y que le daba, con sus enseñanzas, parte de su alma.

El tiempo avanzaba ya con precipitación cruel. Era el Jueves. La fiesta de Pascua se iniciaba al día siguiente, en el cual se comía un cordero con panes ácimos. El primero así como el último día presentaban carácter excepcionalmente solemne y los discípulos se preparaban para la fiesta.

Jesús conocía la traición de su discípulo y sabía, de antemano, el fin que le aguardaba, por lo cual una tristeza muy honda, un gran desencanto, le inundaban con fulgores de crepúsculo. En la noche brizo, con sus discípulos, la última cena. Cada discípulo traía sus recuerdos más caros, y una multitud de razgos conmovedores se acumuló sobre esta última comida, que llegó á ser la piedra angular de la piedad cristiana y la cuna de instituciones fecundas para la humanidad.

En ese momento, bajo la luz vacilante de los cirios que iluminaban los rostros del Maestro y de sus discípulos, sentados á la mesa, se vió un espectáculo único. Era la comunión por el amor, que se desbordaba del alma de Jesús; era un santo amor, un divino amor, recaído sobre sus discípulos, los elegidos, en primer término, más luego des-



DESCENDIMIENTO

CUADRO DE FRA BARTOLOMEO



LA MAGDALENA

CUADRO DE CARLOS DOLCI

bordado sobre la humanidad entera, hacia las inmensas multitudes existentes, hacia las multitudes futuras que vendrían con el trascurso de los siglos y que aún no tendrían nombre, ni forma.

El alma plácida y fuerte de Jesús se sentía sobrecogida por las emociones que le embargaban en aquel instante. Más no por eso se distrajo, ni dejó de tener una palabra afectuosa y memorable que quedara esculpida en el ánimo de cada uno de sus amigos. Tuvo una palabra para cada uno de ellos. Sobre todo Juan y Pedro, recibieron las muestras del afecto más tierno. Juan se reclinaba en un diván y su cabeza reposaba en el pecho del Maestro. Al terminar la comida, Jesús tuvo una frase reveladora, que debió mostrar la situación á sus discípulos en todo su horror intenso. "En verdad os digo que uno de vosotros habrá de traicionarme". Esos hombres sencillos pa-

saron por un instante de cruel angustia, se miraban, se interrogaban mutuamente. Pero Judas tuvo la audacia de preguntarle, como los demás: "¿Seré yo, Maestro?"

Jesús guardó silencio; le torturaba el inmenso desencanto de la naturaleza humana, la infinita tristeza de las cosas. Más, Pedro, con su alma de acerado temple, experimentaba sufrimientos increíbles; quería saber, conocer el nombre del infame. Hizo una señal á Juan para que lo averiguara en silencio. Jesús pasó un pedazo de pan empapado en vino á Judas. Juan y Pedro comprendieron con horror, quien traicionaba, sus rostros palidecieron, y sus almas temblaron, estremecidas de santa indignación. Lo más bajo del mal se sentaba á la misma mesa, con el supremo Bien, como en santo símbolo que encerrase á la humanidad entera.



... y acercándose al gran balcón entreabierto, se puso á mirar sonriendo, la escritura del sobre y los sellos de correo...

LA PROVINCIANA

(Arreglado especialmente para "Selecta" por A. Bradomín)



ON el gesto y los pasos silenciosos de un hermano sacristán que se ocupa de los cuidados del altar, Clemente, el camarero del dramaturgo Pedro Aubernain, entró en el gabinete de trabajo de su señor, y en una esquina de la mesa cubierta de hojas de papel recién escritas, depositó una bandejita—precisamente una antigua bandeja de sacristía—en la que había una carta, y se retiró

en puntillas y silenciosamente, cerrando la puerta con menos ruido que si cerrara un libro.

Aquel á quien sus amigos llamaban "ilustre"—ironía afectuosa mezclada, sin embargo, de alguna admiración—continuó escribiendo lenta y metódicamente, haciendo pausas cortas durante las cuales el índice de su mano derecha se levantaba y apoyaba en los labios, sin quitar los ojos del papel. Al ver esa actitud regular, exenta de precipitación y distracciones—dos rasgos nobles de ese rostro pensativo, visiblemente contraído y concentrado en una idea—y también el decorado sobrio y sólido que rodeaba al escritor: hermosos muebles de estilo; arreglo perfecto de los libros en la biblioteca, bibelots en los estantes; y pequeños objetos sobre la mesa, el menos observador habría inferido de todo eso que el "ilustre" pertenecía á los primeros de esta aristocracia, ó para decir mejor, á esa alta burguesía de letras, tan característica de nuestra época: gentes apasionadas del orden y respetabilidad, cuidadosas de mantenerse en buen pie con las personas del mundo que frecuentaban, administradores celosos de su fortuna como de su talento. La moda no es ya del pensador bohemio; algunos cafés literarios han debido vaciarse en provecho de los salones. El joven poeta que había adquirido dinero desde la publicación de su primer volumen, organiza su vida mundana, como lo hubiera hecho en otro tiempo un diplomático joven.

Uno de los maestros de Pedro Aubernain (Porto Riche) no lo dijo? En adelante, todos los grandes artistas serán ordenados... Este muchacho fuerte de treinta y seis años, perfectamente afeitado, de cabellos y uñas muy cuidados, vestido por los grandes modistos, conservando su salud con la hidroterapia y los sports, alojado en un departamento vecino á la avenida del Bosque, representaba doblemente la aristocracia de las letras, especie desaparecida ó disminuída á la hora del romanticismo, pero que en otro tiempo se honraba, sin embargo, en ser representada por Voltaire y Buffon.

El "ilustre" releyó las tres últimas hojas consiguiendo de vez en cuando algunas palabras, haciendo aquí y allá una supresión. No era en la escena de una pieza en lo que trabajaba en ese momento, sino en el prólogo de una nueva edición de sus obras teatrales. Se trataba aquí de ser modesto con autoridad, de señalar dignamente el lugar que se reservaba en el teatro contemporáneo, bien entendido que no era el último—y eso sin peligro de ser ridículo. Satisfecho, probablemente, con su lectura,

Pedro Aubernain dejó su pluma, dió movimiento á las falanjes encorvadas de su mano derecha, sofocó un bostezo y dió al fin una mirada indiferente á la carta que esperaba en la bandejita...

Pero en seguida la tomó vivamente, se levantó y acercándose al gran balcón entreabierto (era el final de un tibio mes de Mayo) se puso á mirar sonriendo la escritura del sobre y los sellos de correo. No rompió, sin embargo, inmediatamente el sobre; dejó la carta en el asiento, bajó del largo balcón y sentándose al lado, como una amazona en su montura, estirando un brazo en la barra de apoyo, se puso á mirar distraídamente á la calle.

La calle de la Faisanderie, á las tres de la tarde, se alargaba maravillosamente, vacía y tranquila como una calle de barrio aristocrático en Londres. Pedro Aubernain meditaba, pero no al acaso: él había ordenado, poco á poco, hasta sus meditaciones y era bien voluntariamente que en ese momento se entregaba á eso que los teólogos llaman una "delectación melancólica". A medida que uno se enriquece de experiencia, por el juego natural en la vida, la sensibilidad se embota. Se trataba entonces (pensó Aubernain) de aprovechar los incidentes que la despertan, que le devuelven momentáneamente su frescura y vigor de juventud. La carta que acababa de recibir era uno de esos incidentes felices, sugestivos y el "ilustre" gozaba de la efervescencia imaginativa y sentimental que suscitaba en él, sin poner de su parte casi ningún empeño.

La sugestiva carta había sido timbrada en Issoudun; Pedro Aubernain se acordaba perfectamente del nombre de la mujer que la había escrito, su nombre de viuda joven: Magdalena Sourdier—su nombre por el segundo matrimonio, Magdalena Gineste. Nombres muy burgueses, muy oscuros uno y otro y que contrastaban con los nombres brillantes ó célebres de los actuales amigos del escritor y sin embargo, la lectura de esos nombres plebeyos reavivaba su recuerdo, despertando en él la preciosa evocación y el enternecimiento por el pasado...

Un estudiante, todavía mal hecho y tímido, á causa de su orgullo mismo, uno de esos muchachos que han brotado demasiado pronto y que los llaman en Inglaterra un "long lad"... Una mujer joven, de cabellos castaños, talle lleno y redondo y cuya figura de griseta ideal recuerda ciertas Vírgenes de Murillo... Un saloncito en Issoudun, bien feo, bastante viejo, adornado con terciopelo rojo y tiras de cañamazo bordado con punto cruzado, y sobre la chimenea un reloj y candelabros de alabastro... He aquí las imágenes cuyo recuerdo deleitan ahora á Pedro Aubernain... Y cuando ha hecho gritar el alma lo bastante (es su expresión) para estar seguro que, literariamente, esta melancolía pasajera no será pérdida, es entonces cuando se rompe el sobre y continuando sentado en el mismo lugar, lee la carta:

"Issoudun, 23 de Mayo—1910.—¿Por qué me decido esta noche de soledad á escribirle, cuando tantas veces he querido hacerlo y otras tantas no me he atrevido?... Puede ser que usted

sepa explicarlo mejor que yo. Usted, de quien dicen conoce también el corazón de las mujeres. Yo misma estoy sorprendida y tan cortada, que no sé cómo llamarlo... señor... eso sería muy frío... Mi querido dueño... encuentro esta expresión (perdóneme) algo ridícula. Entonces, mi querido amigo... ó mi querido Pedro... Sí, es ciertamente algo así que sería necesario... Pero no me atrevo todavía. Eso vendrá quizá en el curso de mi carta.

No me lisonjeo, por cierto, de que usted piense á menudo en mí! Usted vive tan ocupado y es tan festejado!... Yo he seguido su ascensión á la celebridad, con una emoción y una alegría sinceras; pero aunque fuese olvidadiza, sus éxitos no me habrían dado lugar á olvidarlo... ¡Ah! no tenía necesidad de todo ese ruido al rededor de su nombre... Desde que usted salió de Issoudun he pensado diariamente en usted, amigo mío. (Vaya, al fin me atreví... Tanto peor, no borro nada). Y no puedo figurarme que sus salidas á mi casa todos los Jueves y Domingos (sus salidas de colegial solitario en nuestra pequeña subprefectura, arrebatado su papá por la muerte y habiendo regresado la mamá á su país),—no, no puedo creer que sus últimos seis meses de literatura no hayan dejado alguna huella en su memoria.

¡Oh, amigo mío... que fué eso encantador al menos para mí, y cómo fuimos cómicos! Yo creo que durante esas largas horas de intimidad, que nos enervaban y durante las cuales nos amábamos, nos sentíamos intimidados, tanto uno como el otro. Yo lo sentía muy superior á mí en la inteligencia, el saber precoz y sobre todo por cierta audacia para querer el éxito, malgastar la fortuna, de lo que era yo incapaz... Pero usted no estaba menos cortado en mi presencia por que yo era una mujer libre, bastante bonita, y seis años mayor que usted. Seis años, entre los diecisiete de un colegial y los veintitrés de una viuda, amiga de ese colegial no es poca cosa! Nadie se sorprendía en Issoudun (donde son tan malévolos) que fuese su prometida, puesto que fué la amiga íntima de sus padres... Para nosotros, para nosotros solos esas salidas se nos presentaban como otras tantas citas. ¡La deliciosa época! No siento ahora timidez para confesárselo; son esos los únicos meses de mi juventud que quisiera volver á vivir... ¿Se acuerda? Cuando llegaba, yo lo abrazaba, lo abracé también cuando nos dejó, nada tiene eso de extraño supuesto que lo había conocido muy niño. Pero poco á poco, nos engañábamos; ya no eran del todo besos de una hermana mayor á su hermano menor y fingíamos no notar que nuestros labios se juntaban cada vez con mayor vehemencia y la turbación que el uno y el otro sentíamos después...

Vd. partió sin que usted ni yo nos dijéramos una sola palabra de ternura. Usted era muy tímido y á mí me paralizaba la sensación de que su mamá me lo había confiado. Era entonces una mujer muy honrada y así he permanecido hasta ahora, Pedro... pero recuerdo el último día... mis lágrimas... las suyas... sin atrevernos á decirnos nada?

Después de su partida, no se ha preocupado sin duda usted mucho tiempo de lo que sería de mí, pues sólo me ha escrito cuatro veces por todas... Ni las gracias recibí por una carta en la que lo felicitaba por uno de sus éxitos... ¿Y yo?...

Yo coloqué el recuerdo de usted en un rincón secreto de mi corazón y continué viviendo. Me volví á casar; eso estaba en el orden de las cosas. Para explicarle lo que sigue me veo obligada á hablarle de mi marido: lo haré brevemente, ya que tanto me desagrada hacerlo. Me casé en segundas nupcias con un marido personal, egoísta, autoritario: le he hecho todas las concesiones posibles; he perdido mi voluntad, perdí también mi alegría, pues ella le disgustaba; él me encontraba "provocativa" tal era su palabra. Para complacerlo me esforzaba cada día en portarme mejor que la víspera; al fin lo hice difícil hasta el exceso sin llegar á satisfacerlo nunca; llegando á ser para él una dama de compañía muy sumisa y obediente. En fin, no he sido feliz,

pero muchas veces me decía como compensación: Mi marido es inteligente, laborioso y fiel.

¡Pues bien! Me he equivocado en un punto. Hace poco he descubierto, por la casualidad de haber dejado un cajón del escritorio abierto, que ese marido fiel no ha cesado (entiende usted bien, no ha cesado) de tener relaciones en París, en Bruselas, en Sila, en todas partes donde sus negocios lo llamaban. El golpe ha sido rudo. Estuve á punto de correr donde un abogado para entablar un juicio de divorcio. Un pudor orgulloso me ha detenido y el fastidio de confesar á todo Issoudun lo que nadie sabe todavía, pues mi marido es discreto y no me traiciona más que en sus viajes. Entonces, ¿qué hacer? ¿A quién consultar? ¿A nadie aquí, por cierto!

Y fuera de aquí no conozco á nadie más que á usted. Usted no puede, querido amigo, querido Pedro, rehusarme el consejo amistoso que solicito. Como conecedor profesional de los corazones femeninos me comprenderá mejor que yo misma. Por otra parte, las realidades de la vida le son familiares y las personas competentes aseguran por sus obras, que usted conoce á fondo la ley y los asuntos que con ella se relacionan. En fin tengo absoluta confianza en usted y estoy segura que desea mi felicidad ó al menos mi tranquilidad.

Concédame tres cuartos de hora de su tiempo. Mi marido estará ausente unas cinco días más. Si de hoy á la tarde de mañana recibo de usted un telegrama sin firma con la palabra "convenido"; saldré inmediatamente para París. Otro favor le pido: no me exija ir á su casa; eso me intimidaría. Usted irá á verme á la calle San Román número 18, en un departamentito muy sencillo, alquilado por una persona de Issoudun donde pienso hospedarme. Allí lo esperaré de dos á seis de la tarde.

Como usted ve, le digo todo esto breve y precipitadamente, porque experimento cierto malestar para decirse y ahora que está escrito me parece que no puedo ya continuar mi carta. Además ¿por qué robarle sus momentos tan disputados? Espero seguramente su telegrama; no defraude esta confianza. No me rehusé, no retarde una entrevista que me dará valor para vivir....

¡De ante mano gracias, gracias!

Magdalena.

"Me parece que no le será muy difícil reconocerme. Todos aseguran que los años no han ajado mi semblante y han respetado mi talle. Siempre he cuidado el uno y el otro; pero ¡ay, eso no me ha conservado á mi marido!

II

Al día siguiente, cerca de las dos, Pedro Aubernain subía á su auto, diciendo á su chauffeur:

—Deténgase en la esquina de la calle Sevres y San Román.

Al terminar la lectura de la carta, decidió no negarse á esa cita, ya que él se preciaba de ser muy cortés. Esa grosería sistemática para con las mujeres de muchos de sus contemporáneos lo horripilaba. Además, adivinaba en la solicitud de Mme Gineste — Magdalena como él la llamaba para sí mismo—algo más que una simple consulta jurídica ó psicológica. No

tanto como una cita, en sentido vulgar, brutal de la palabra, sino el deseo de refugiarse en el pasado lleno de encantos y ternuras, ahora que el presente se le hacía insoportable: un deseo confuso de revancha contra la traición del marido, y sobre todo, sobre todo, el gusto resucitado de la aventura, esa repentina rebelión de un temperamento contra el destino, esa crisis romántica que se apodera de casi todas las mujeres honradas hacia el fin de su segunda juventud. La carta de Issoudun no hacía alusión ni á la necesidad de revancha, ni á la rebelión del temperamento, ni á la crisis romántica, ni al gusto repentino por la aventura; es prueba,—pensó sonriendo Aubernain,—que ese era su objeto principal. Las cartas femeninas deben leerse entre líneas. El mismo lo había escrito en una célebre réplica sobre una de sus



Pero usted no estaba menos cortado en mi presencia, porque yo era una mujer bonita, libre y 6 años mayor que usted...

obras. "El punto esencial de una carta de mujer está casi siempre subentendido ó bien se revela justamente por el cuidado que pone para no hablar de él"... En fin, ¿no se notaba una ingenua y reveladora inquietud en las líneas agregadas después de la firma? Si no se trataba más que de una consulta jurídica ó psicológica, ¿qué importaban el talle y el rostro de la consultante?

"Treinta y tres y seis, treinta y nueve, calculaba el "ilustre" mientras iba en rápida carrera á lo largo de los malecones del Sena... Magdalena está justamente á tiempo para evitar el desagradable epíteto de cuádragenaria... ¿Quién sabe si no es esta aprehensión la que la ha decidido? La historia del engaño conyugal puede haber sido inventada... ó al menos, ella lo sabía hacía largo tiempo, sin atreverse á usar de la ley del talión. De repente había pensado: Pero voy ya á tener cuarenta años... Y habrá tomado su partido"...

Esta hipótesis, talvez demasiado ingeniosa, pero muy femenina, divirtió al escritor. "No importa, dijo en alta voz, era bonita y si lo que dice de su rostro y de su talle es cierto"...

No terminó su propio pensamiento, porque sinceramente no tenía en esta circunstancia ningún proyecto arreglado. Muy joven todavía (al menos según la opinión moderna); había "vivido" muy pronto ó intensamente, para que la más ligera partícula de levadura romántica fermentase todavía en él. A sí mismo se juraba que ninguna mujer del mundo era capaz, por sólo su atractivo, de distraerle una tarde de su vida tan ordenada; no era ya sensible más que á la constatación del atractivo, de la turbación provocada por su presencia en una mujer. Y todavía en esa sensibilidad ¿por qué lado entraba su curiosidad de observador? Curiosidad de psicólogo, refinamiento de voluptuoso; estos dos elementos bastaban para decidirlo.

Esta vez (lo notó sin descontento) el gusto de ver y de saber era más vivo, más vehemente. La mujer que lo llamaba no se parecía en nada por cierto á aquellas que había encontrado en los últimos diez años de su vida. Era la "Provinciana", y el espíritu de Aubernain, saturaba de literatura é impregnaba esas cuatro sílabas de todos los recuerdos de Balzac, y era también alguna otra cosa—y mejor—que la literatura. Era su adolescencia; era la ocasión de remontarse á las fuentes de su vida sentimental. Nada más emociona tanto como el ser repentinamente puestos en presencia de una imagen viva de nuestro pasado... ¿Si iría á sentir por un instante los fuertes latidos de su corazón de diecisiete años, de ese entonces en que avanzaba hacia la vida, hacia el amor, con ese deseo vago, esa deliciosa angustia? Se felicitaba de que Magdalena hubiese permanecido, como ella lo decía, idéntica á la que en otro tiempo había correspondido á su amor.

"¿Y yo?"

¿El? Francamente, por él no se inquietaba. Algunos cabellos menos, sin duda; pequeñísimas arrugas en el ángulo de los ojos... Pero en cambio, cuanta mayor seguridad, elegancia y autoridad...

"Sin contar con la gloria!"—pensaba, burlándose de sí mismo. El automóvil se detuvo en la esquina de la calle Sévres. Aubernain bajó, ordenó á su chauffeur que lo esperara y siguió á pie por la calle San Román.

Una calle de provincia, como quedan todavía algunas en ese barrio, poblado en otro tiempo de comunidades y capillas. La casa número 18 ofrecía al visitante, más que todas las cerca-

nas, el aspecto de casa de provincia: la fachada muy baja y con una puerta de entrada como de caballeriza; un patiecito triste, pero aseado y en el fondo dos departamentos. Pedro Aubernain fué conducido al de la derecha.

Tocó. Después de medio minuto de espera, durante el cual sintió tras de la puerta pasos y cuchicheos, le abrieron; una sirvienta de una treintena de años, de cabellos amarillentos, ocelltos casi en su totalidad por una cofia, se presentó muy colorada y muy turbada.

—¿La señora Gineste?

La sirvienta no encontró palabras para contestar: introdujo al escritor á una especie de saloncito amoblado al estilo moderno. Ese esfuerzo de modernismo sencillo contrastaba con el aspecto vetusto de la casa. Al lado de un piano, una puerta de vidrios con cortinillas de muselina liberty con flores y que daba, sin duda, acceso al resto del departamento. En general, el saloncito era muy claro y alegre. Aubernain se sentó en un confortable sillón y esperó.

Con encantadora sorpresa se daba cuenta de que estaba emocionado. Sí... gracias á la identidad de la persona esperada, revivía en él algo de la emoción de otro tiempo, cuando en el

salón de Issoudun esperaba á Magdalena... El recuerdo subconsciente que hay en nosotros y que guarda del pasado á pesar nuestro, tantas cosas que no le reclamaremos nunca; el recuerdo tenaz de los sentidos resucitaba un perfume, un ruido el cerrar un armario, el color de una tarde; y eso tan claramente, que el corazón del hombre de treinta y tres años, palpita como el del colegial. Solamente la costumbre profesional sobrepuesta á la naturaleza, y ahora la más muerte, acechaba esa emoción y buscaba diligentemente palabras para fijarla y traducirla.

De repente se volvió... ¿Era un error? Creyó que habría la puerta... Nô... Nada... Se levantó y se acercó á ella. Estaba seguro que la cortina liberty se movía; pero no se oía ningún rui-

do... El aire, sin duda. "Vaya, pensó Aubernain, ya hace un cuarto de hora que pierdo el tiempo aquí. ¿Qué significa esto? Esa inocente que me introdujo, ni siquiera me ha dicho si la señora estaba en casa... Esperemos... ¡Ah, pasos!...

Ciertamente, en el corredor caminaban, se acercaban. Instintivamente el escritor compuso su fisonomía, su actitud, como lo habría hecho hacer en escena á un amante encargado de desempeñar ese rol... Pero nadie entró en el salón. La puerta de calle se abrió, cerrándose en seguida. Alguien atravesó el patio; la silueta de una mujer que acelera los pasos, dirigiéndose á la calle. "Ya me explico, pensó el escritor, Magdalena tenía una visita... una amiga importuna, á la que acaba de despedir.

Pasan todavía cinco ó seis minutos. Pedro empieza á perder la paciencia; busca en los ángulos de la sala un botón de campanilla eléctrica, cuando se presenta al fin la sirvienta, que parecía más turbada y estúpida que antes. Se quedó de pie y callada en el umbral de la puerta.

—Y bien—preguntó Pedro—¿qué es lo que pasa? No le he avisado á la señora Gineste que la espero?

La muchacha tuvo una contracción en el rostro, que fué talvez una sonrisa.

—La señora... balbuceó, la señora... la señora se excusa...

—¿Cómo! ella se excusa de salir... Está aquí y no quiere verme.

—La señora... la señora se ha visto obligada á salir. Se excusa. Le escribirá al señor.

En esta vez la risa de la paisana fué visible. Pedro Aubernain recordó entonces la silueta femenina que atravesaba el patio minutos antes.

"Era ella"—pensó.



Cuando se presentó al fin la sirvienta, que parecía más turbada y estúpida que antes. Se quedó de pie y callada en el umbral de la puerta...

Y bien alto, mirando fijamente á la sirvienta, que dejó de reír y retrocedió asustada:

—Dígale á la señora que le excuso de escribirme y le rogaré que no me moleste más.

Acabando la frase, hizo la mejor salida que pudo, una de esas salidas en las que el actor en el teatro no queda jamás satisfecho y por las cuales pide al autor que lo ayude.

III

Issoudun, 24 de Mayo.

Sí... bien sé, amigo mío, que me ha dispensado de escribirle y rogado de no molestarlo... Vd. está muy enojado conmigo, y cree que he faltado gravemente. Es cierto; he procedido sin prudencia; me he conducido con Vd. como una niña... Pero anteayer al decidir que no lo vería ni lo hablaría, he reparado la grave imprudencia que había cometido escribiéndole, pidiéndole una audiencia, llamándolo á mi casa.

¿Me creerá usted? No me atrevo á esperarlo, pues conozco su frase sobre la sinceridad de las cartas femeninas. Al escribirle la primera vez, esa frase me molestaba y todavía me molesta, y quisiera saber desarrollar y traducir mi pensamiento con la habilidad suya, para refutarlo á ese respecto. Su tan aplaudida frase no es cierta más que en apariencia; ella empieza por seducir y nosotros mismas pensamos: "¿Cómo nos conoce!" Pues bien, no es así. Usted no tiene razón, ó mejor, su interpretación nos traiciona, suponiéndonos una intención que no existe necesariamente en nosotras. Es exacto que, el punto importante de una carta femenina está casi siempre entendido ó que se revela precisamente por el cuidado que ponemos para no hablar de él; pero ese nuestro disimulo es inconsciente y somos nosotras las primeras engañadas. Lo que no dice nuestra carta, tampoco nos lo decimos á nosotras mismas; ellas son las imágenes fieles y espontáneas de nuestro corazón, ellas lo demuestran tal cual es, envuelto en esa penumbra, en ese misterio que tiene aún para nosotras.

Mi primera carta, por ejemplo, aquella en la que le pedía una audiencia... Le juro que al escribirla estaba persuadida que al volver á verlo, conversar con usted, reanudar los antiguos lazos de amistad, pedirle consejo y seguirlos religiosamente, satisficiera mi deseo y me tranquilizaría... Eso era únicamente lo que deseaba, ó al menos no le creí de desear más. He debido, sin embargo, tener cuidado, puesto que una vez escrita y releída la carta, he agregado algunas líneas, bien ridículas por cierto, en las que le hablaba de mi físico... Las agregué de una plumada, sin la menor reflexión, porque sentí la necesidad de añadir las. Esto es muy femenino, sépalo señor psicólogo. Somos impulsivas y á pesar de esto, tenemos á menudo la apariencia de usar de astucia, porque somos engañadas por una impulsividad de la que no podemos esclarecer las causas.

He mandado mi primera carta, recibí su telegrama de aceptación, he partido para París con mi camarera, me instalé en la calle San Román y lo he esperado,—no diré sin emoción—pero con una emoción dichosa, exenta de todo remordimiento y ansiedad... Esta emoción me hizo conocer... que lo amaba. He aquí la gran palabra, la terrible palabra pronunciada: esta vez no dirá usted que disimulo. Se lo escribo conscientemente, para justificar mi conducta con usted, Pedro; ahora estoy segura que lo amo en el sentido temible y completo de la palabra; lo amo desde hace mucho tiempo, desde sus salidas de colegial á mi casa hace dieciséis años... Pero le suplico que crea que no lo sé más que desde ayer, después que lo ví de cerca, de muy cerca, en el saloncito blanco.

Durante largos minutos permanecí tras de la puerta mirándolo. La muselina que á sus ojos me ocultaba, no me impedía verlo perfectamente. No diga que eso fué un acecho, ni un vil espionaje. Nada de eso fué premeditado; me dirigí á la puerta con la intención de abrirla y entrar al saloncito; pero antes lo observé un instante, lo que era bien femenino. Casi al mismo tiempo comprendí que era mejor no abrir... ¡Oh, que va á serme difícil explicar todo esto!... Ensayaré, sin embargo.

Ante todo, admita que no soy en nada parecida á las heroínas de sus obras. No quiere esto decir que me tenga por una naturaleza excepcional. No soy más que una provinciana honrada, como lo fué mi madre y como lo son mis dos hermanas. ¿Qué es lo que caracteriza á la provinciana honrada? Es, me parece, el no poder separar la idea del matrimonio de la idea de las realidades del amor. Además, esas dos ideas unidas, no componen para nosotras—para mí—un conjunto muy atrayente. Hay muy pocas uniones deliciosas, ha dicho un pensador cuyo nombre he olvidado: el debía hablar como provinciano y pensar en las uniones de provincia. Así fuera del dominio conyugal y... práctico, la mayor parte de las provincianas honradas, se conceden más ó menos el derecho de soñar: sueñan con complacencia y con remordimiento, pero casi todas platónicamente: y es en ese platonismo que estriba el atractivo de su ensueño, pues de otra manera les parecería que caían en el "género conyugal" y entonces, se desvanecería el atractivo...

¡Ah! Es muy difícil explicar todo esto, pero usted es tan penetrante! Y ya debe haberme comprendido.

Cuando usted salía á mi casa como estudiante, le confieso que he vivido tardes encantadoras. Pero si al contrario, hubiese sido uno de esos llegados prematuramente (por ejemplo el héroe de

su obra "El joven ladrón", en el acto habría quedado roto el encanto; yo tenía la completa certidumbre que no sería traspasado el dominio del ensueño tierno. Vd. no podía ser mi marido; no he deseado tampoco que lo fuese. No he traicionado su recuerdo casándome de nuevo. Casada continué pensando en Vd. con ternura, con idealismo; esto me causaba un pequeño remordimiento, en extremo agradable; pero jamás, nunca me he imaginado que usted pudiese tener de mí lo que tienen los maridos de provincia, sobre todo, y quizás todos los maridos. De igual manera, tampoco me sentía celosa del éxito de las mujeres que lo agasajaban en París, sus comediantes, sus mundanas, no robaban nada, estoy segura, de lo que me pertenecía.

Estaba segura que no habían otros labios femeninos que le diesen besos como los besos tímidos que en otro tiempo nos dimos!

Así he vivido hasta el día en que todo mi pobre edificio conyugal se derrumbó. Para una provinciana honrada, el ser engañada por su marido, es la ruina de su unión y eso es el resultado de esa identidad exclusiva que hay entre el matrimonio y las realidades del amor. Desesperada, desorientada, no he hallado alivio más que en el querido jardín de mi ensueño, cerca de Vd. Corrí hacia Vd. como se corre hacia la luz, hacia el aire, bajo los escombros de una casa desplomada, y el proyecto—¡absurdo!—que se precisaba en mi espíritu, era el de obtener mi separación de M. Gineste, vivir en París y ver á Vd. una vez por semana, como en Issoudun! No me juzgue tocada: nosotros somos gavillas de provincianas capaces de concebir un tal programa sentimental; digo: concebirlo. Llevarlo á efecto es ya otra cosa. Fué este último punto el que se me presentó con una terrible evidencia, mientras lo miraba á través de la muselina liberty, en la calle San Román.

A primera vista tuve una impresión desagradable: la imagen del alto y delgado estudiante, de rostro casi femenino, tan presente en mi memoria, hizo daño al robusto sportman que tenía ante mis ojos. Me pareció que usted no era ya tan simpático como antes y fué eso lo que me detuvo tras la puerta.

Vd. se levantó en ese momento y se dirigió hacia la puerta de vidrio. Tuve una grande emoción: estaba usted frente y muy cerca de mí.

"Sí—pensé entonces—está siempre bien y aún mejor que antes"...

Imagínese, querido amigo, que un hombre de su figura, de su elegancia, con ese aire de autoridad tranquilo y de inteligencia activa: eso no se encuentra entre nuestras relaciones provincianas. Inmediatamente sentí que en presencia de un tal hombre, que era sin embargo mi amiguito de otro tiempo, no tendría más ideas, ni voluntad, que sería como un objeto entre sus manos. ¿Me comprende? La evidencia de lo que me esperaba me anonadó: tuve que apoyarme en la pared; mi corazón se oprimió como si usted lo hubiese empuñado en su blanca y hermosa mano. Le juro que sufrí tanto como cuando descubrí la traición de mi marido. Esta vez era mi ensueño que se desplomaba...

¡Oh! ¿Será eso verdaderamente posible? Nó, nó. Yo no lo quiero!...

Pero al mismo tiempo comprendí que si presentándome, usted no experimentaba por mí ese atractivo total y violento que yo sentía por usted no habría tenido más tranquilidad en la vida. Y verdaderamente, ¿qué razón tenía para que usted me amara?... No lo he engañado al decirle que no había cambiado. Los hombres me miran y me siguen aún en París... Pero ¿qué soy? humilde provinciana, para el Pedro Aubernain de la actualidad? Una pequeña cosa sin importancia, á la cual consentiría en darle algunos instantes, pero que ciertamente no llenaría su corazón... Todo eso lo ví con maravillosa claridad en algunos minutos... Y la vergüenza de esta debilidad que descubría en mí, mezclada del espanto de ser desheñada, se tradujeron de un golpe, en una necesidad loca de huir, de escapar del destino, de no volverlo á ver jamás... Corrí á mi habitación, aseguré febrilmente mi sombrero en mis cabellos, balbuceé algunas palabras á la sirvienta, las que repitió á Vd., y salí de la casa como si ardiera.

...Aquí me tiene de nuevo en Issoudun. Han pasado dos días y me siento más tranquila. Mi marido llegará esta noche: lo acogeré sin un reproche: he descubierto que, no valgo mucho más que él. Como antes continuaré viviendo á su lado mi vida monótona de provinciana... Como he visto muy poco al Pedro Aubernain de ahora, su imagen empieza ya—¿cómo decirlo?—á desvanecerse, á borrarse. Es la imagen del estudiante que reaparece en mi recuerdo lenta pero claramente. Con ese Pedro Aubernain de diecisiete años, espero poder continuar, como antes, mi querido y casto idilio. Si no volviera á hacerlo, sería muy desgraciada.

Adiós, amigo mío, no lo volveré á ver jamás. No piense en mí con rencor y menos aún con ironía. Lo amo infinitamente. Le ruego no me escriba... pero no olvide totalmente esta almita de provinciana, que vive para usted en su discreto rincón, como arde discretamente una lamparilla...

Magdalena".

Pedro Aubernain y Magdalena Gineste no se volvieron, en efecto, á ver jamás. Y de esta sombría aventura no queda en la vida del "ilustre" más que un recuerdo hecho, poco á poco grato, por el tiempo que corre y cura la ligera herida del amor propio.

Quedan también juntas y cuidadosamente prendidas en la caja de los documentos, dos cartas amarillentas, con el rótulo "Provincia".

MARCEL PREVOST
(De la Academia Francesa).

UNA "JUERGA" TRISTE



R á Andalucía y no ver una *juerga* es como ir á Egipto y no ver las pirámides, ó estar en París y no ver el Louvre, ó visitar Sitges sin pasear por la playa de la Ribera.

Cuando nos dejamos caer en el país del sol llevábamos el ansia de saber cómo y por qué gracia de Dios les entra la buena sombra á los hijos de aquella dichosa tierra; teníamos el deseo de ver de qué manera se sacan la gracia que llevan dentro, comunicando á los demás la alegría, y cómo se las componen para mover los sensibles alambres de la risa, disparando ocurrencias con aquel peculiar manejo de palabra flexible; queríamos saber, en suma, lo que es ir de broma, disfrutar una vez en la vida de una borrasca á todo gasto sin ahorrarnos jornales ni mano de obra, ni personal, ni lo que fuese preciso para el mayor lucimiento.

Penetrados de estos buenos deseos y con el aguijón de querernos divertir, trabamos conocimiento con un tabernero, buena persona y hombre de conversación, el cual fué para nosotros blanca paloma descendida de nubes color de rosa que nos abriera de par en par las puertas de la esperanza. El conocía *cantaores*, *bailaores* y todo lo que las circunstancias requerían; nos proporcionaba un local sin vecindario para que el bullicio pudiera hacerse sin temor á nadie, y nos alquilaba tal bendición de flamencas y flamencos, así, á pares, que con la ayuda de la buena voluntad aportada por noso-

tros, había para hundirse el techo y estropearse todo el piso.

Como ardíamos en impaciencia, se arregló la función para las ocho de aquella misma noche. Era en el primer piso de la taberna situada cerca de la Alhambra, y á las siete y media ya estábamos allí todos, sin que faltase uno.

El cuarto destinado al espectáculo era pequeño, á fin de que pudiera caber en él toda la broma que pensábamos derrochar: era modesto, bajo de techo, tenía el pulimento de otras bromas, y pátina de vino tinto y humo de cigarro barato. Las paredes estaban embadurnadas de un amarillo chillón y desvergonzado, con muestras de dalias simétricas: en medio de los lienzos de pared habían pintado una tajada de sandía y una granada. También se veían colgados un cromo de los finos, dos santos de litografía, forasteros y un calendario, que se había parado hacía ya muchas semanas. Véfase, asimismo, un armario de rincón con todas las rinconeras que se requieren en estos muebles definitivos, una esterilla y unas sillas en correcta formación esperando que viniese el anhelado prodigio de jarana. Frente por frente estaba un mueble cubierto con un paño de billar; encima tenía un globo de cristal, con un pescado rojo dentro, que no cesaba de dar vueltas á la pecera, sacando de vez en cuando la boca para respirar un poco, y volviendo en seguida á repetir sus paseos circulares por aquella jícara de agua.

Sentados nosotros al rededor de una mesita sobre la



PIERROT HERIDO

CUADRO DE JEAN LEON GEROME

cual habían puesto todo el gasto de bebida en copas reforzar ya á la segunda muchacha con la gorda, ó ya disponiendo (por lo que pudiese ocurrir), no nos sentíamos con esa animación que precede á la alegría bulliciosa.

Sentados los cantadores en fila, en las sillas ya preparadas, quedamos unos frente á otros, nosotros mirándonos y esperando que dijese alguna ocurrencia que hiciese desternillar de risa, y ellos mirándonos para que diésemos la señal de empezar la broma de contrata.

Todos estábamos callados como muertos. Parecía una visita de cumplido. Un aire de "fuera de casa" corría entre la mesa y las sillas: era la sombra del estorbo haciendo que unos por otros la broma hubiese callado antes de empezar.

Para romper aquel hielo de Andalucía, ofrecimos unas copas al personal; las bebieron de un solo golpe, y muy serios se volvieron á sus sillas. La cosa empezaba á tener gracia: parecía que cumplíamos alguna promesa extraña, todos graves, contemplándonos como bichos curiosos. Ya no sabíamos de qué modo terminar aquello, cuando de repente, y como si se hubiesen guiñado el ojo, estalló un batir de palmas y un taconeo tan metódico, que bien se veía que ahora la cosa iba de veras.

Oír aquel estrépito de aplausos acompasados y soltar un grito la gorda de la compañía, sin avisar á sus vecinos, fué todo uno. Aquello era un cantar de pólvora: la lujuria y los siete pecados capitales hablando por aquella boca torcida: un grito de alerta que hizo saltar á la muchacha de los ojos hundidos, lanzándola á bailar con empuje de loca alegría. Apartamos á un lado la mesa. ¡Qué movimiento de brazos y qué modo de encogerse y revolotear volviéndose! ¡Qué ondulaciones de dedos y qué vaivenes de cuerpo, ya irguiéndose sobre las puntas de los piés, alta la cara y los ojos mirando á tierra, ya inclinándose y dejando caer atrás la cabeza! ¡Qué sonrisa triste de fuego que se extingue! y, sobre todo, ¡qué gritos, Dios mío, qué gritos daba aquella buena señora gorda, la de los rizos pegados, que estaba sentada en el testero! Ni con una tostada la hubieran podido cerrar la boca, ni hubiera bastado á hacerla callar una espina que se clavara en el paladar ó un grano de arroz que se le hubiese atravesado en medio del respiradero.

Aquello no era divertirse: era un terremoto consentido por el espíritu helado de aquel sorbete de guitarrista; era un abuso de voz, era... ó más bien dicho, fué un abuso de ver bailar á la infeliz criatura que empezaba á respirar con fatiga, llena de sudor, pálida, sonriente siempre, hasta que, tosiendo con una tos honda, se dejó caer medio muerta junto al mono de la guitarra.

Se levantó la gordiflona, y la segunda de turno empezó á cantar con infinitos *¡ay! ¡ay! ¡ay!* y *¡eso es!* y *¡anda ya!* y otras complicaciones flamencas. El baile de esta mujer, si no era muy distraído, al menos no daba pena. Parecía ella un tonel que rodase con cierta gracia; quería inclinarse como la otra y no tenía por dónde; intentaba dar saltitos y hacía saltar las copas, el armario, el cromo, el pez del globo y todo lo de la sala, todo menos al corcho del guitarrista, el cual, siempre rasca que rascarás y dando pisaditas en tierra, no movió nunca los piés del mismo sitio, haciendo bai-

que volviese otra vez la delgada á colocarse entre nosotros.

A la bailadora jovencita delgada, gracias á la animación que la dieron los vapores de la manzanilla, la había salido una flor mustia sobre la palidez de aquella cara marchita antes de ahora: un matiz rojo apagado, hecho con colores falsos; los ojos, hundidos más que nunca, le brillaban con fulgor sin igual allá en la sombra de lo obscuro; y animada por la fuerza engañadora, quieran ó no, se empeñó en bailar otra vez. ¡Pobre lirio agostado! Se erguía ondulante, se doblegaba y encogía, levantando la mirada con alegría angustiosa y sonriendo con tristeza indefinible. ¡Pobre lirio! ¡Sus hojas se doblaron desmayadas! Cansada, jadeante y conmovida, paró su cuerpo, se doblaron sus dedos, que aún se movían maquinalmente, inclinó la cabeza, y bajando las hermosas pestañas, cerró aquellos ojos tan llenos de vida y cayó sin sentido.

Para ver de reanimar á la desmayada, abrimos la ventana de par en par. Huyó el humo buscando un horizonte más sano, y entró de la calle un aire de crepúsculo, un rumor de hojas secas arrastradas por el viento de Sierra Nevada, un crujir de huesos de árboles, una calma de noche desoladora.

Hasta llegó á nosotros un débil rayo de luna, claridad de luna menguante, amarilla, que mira de lado suspendida en el fondo de aquel azul de Andalucía, avergonzando con sus luces plateadas al quinqué ahumado que se extinguía poco á poco. ¡Qué tristeza, Dios mío, la de allí dentro! La enferma volvió en sí sonriéndose, abrió sus ojos grandes y asustados como si se abriesen las puertas de su vida, y yertos de frío, nos juntamos todos, cual si estuviésemos en una visita, y no acordándonos ya de que habíamos ido allí para divertirnos, nos pusimos á escuchar las penas de aquellas alegres y abigarradas bailadoras. La gorda no acostumbraba á bailar; hacía lo por miseria tan sólo, y justamente aquel día tenía muy mala una criaturita; tan mala, que acaso no llegaría á la aurora. La segunda no conocía á sus padres: corría *juergas* por oficio, llevando consigo el sopor de la costumbre, el aspecto frío de una vida de alegría obligatoria, la fuerza del fatalismo que la hacía rodar de diversión en diversión como hoja seca. En cuanto á la pobre enferma, tenía aquella tos que le interrumpía su carrera; estorbo en sus pulmones que quitaba el buen humor á la parroquia y alejaba de su lado á los bromistas, molestados por aquella fatiga tan impropia de una *juerga*.

¡*Juerga* dichosa! Al fin pudimos acabarla, y nos fuimos, despidiéndonos para siempre jamás. El guitarrista se quedó bebiendo en la taberna, bien recibido y obsequiado por unos amigos que le esperaban. A nosotros, sin saber por qué, nos acudió al pensamiento una canción de la tierra, y nos pusimos á cantarla maquinalmente, con instintiva tristeza, mientras que al pie de la Alhambra, por un camino de cipreces y laureles árabes, iluminados por la luna, se marchaba la enferma apoyándose en su amiga, sonriéndonos desde lejos y haciendo crujir bajo sus piés una alfombra amarillenta de hojas secas.



Preliminares del Motin de Figueroa



MARTINEZ de Rozas fué elegido fiscal de la Junta.

Era el único hombre de reconocida competencia jurídica que había en el país. Se vino al momento de Concepción, dejando esa provincia, ya de hecho sublevada en manos de don Pedro Benavente y de O'Higgins, dos hombres que ya, en ese momento, eran no sólo criollos reformistas pero

sí caudillos de la patria.

Cuidó también, el agudo doctor, de traerse á Santiago, al mando de una parte de las fuerzas de la frontera, al coronel don Tomás de Figueroa. Era este el comandante del Batallón Fijo de Concepción, ó sea el jefe de las fuerzas de la Frontera que eran todas las fuerzas de la Colonia. Este jefe ocupaba la tercera posición política del reino, después del Capitán General y del Intendente de Concepción.

Figueroa era un soldado de prestigio, bravo y cruel. De la nobleza española (oficial de la Guardia de Corps), enamorado y espadachín, en años anteriores había cumplido una condena en el castillo de Valdivia. Rehabilitado, más tarde, en las armas del Rey fué el terror de los indios; y alcanzó el alto puesto en que lo encontramos en 1810.

Era, don Tomás de Figueroa, un monarquista intransigente y resuelto. Se necesitó de toda la habilidad del doctor Rozas, que había cuidado de hacerse amigo y hasta compadre, para operar la revolución en Penco sin que el coronel Figueroa le diera cuenta de ello.

Por esto mismo, para no dejarlo en Penco donde de un momento á otro podía ver claro, el doctor Rozas se trajo á Santiago al coronel, halagándolo con un ascenso que, desde luego, se lo hizo despachar por la Junta, delegada de la autoridad real.

No sólo por esto Martínez de Rozas se trajo á la capital al coronel de Figueroa. El doctor, antes de su partida al sur, cuando trabajaba por producir la caída de García Carraseo, sintió que su influjo encontraba resistencia en los criollos mismos.

La superioridad del doctor Rozas, superioridad moral é intelectual, sobre los hombres que lo rodeaban, por la flaqueza de la envidia, le granjeó enemistades. Representaba, por otra parte, el doctor Rozas, la influencia de Concepción. Esta influencia, durante el período colonial, en la revolución, y aún en los primeros años de la República, se hizo sentir opuesta influencia de Santiago. Concepción era la milicia y cierto espíritu político liberal. Santiago era la religión y la rutina castellana. Eran dos orgullos que chocaban. A los hombres de Concepción, en Santiago se les ponía obstáculos, y vice versa.

Con su larga vista y fino olfato, el doctor Rozas se había posesionado de esto. Por lo cual creyó conveniente llegar á Santiago, para imponerse, rodeado de cierta guardia pretoriana. El agudo doctor no había olvidado sus lecturas de Tucídides y de Tácito. Pero no advirtió que el coronel de Figueroa en Santiago podía hacer lo que hizo Sejano en Roma.

Desde su llegada, el fiscal Rozas, sintió en el Cabildo la antigua resistencia, el "odio á Concepción", más acentuado á medida que, por su parte la revolución se iba acentuando. Las desavenencias entre los criollos iban á caracterizarse en don Juan Martínez de Rozas y en don José Miguel Infante. Ya habían nacido en Chile liberales y conservadores y Chile todavía no nacía...

Estas desavenencias iban á tener un resultado curioso y, en cierto modo, favorable á la revolución.

Viendo, Martínez de Rozas que no lograba dominar al Cabildo,—institución esencialmente santiaguina,—imaginó crear otra institución, de carácter nacional, con representación de las provincias (en ellas Rozas tenía sus fuerzas). Así sería un congreso,—todo el país,—y no sólo el Cabildo,—Santiago,—quien arbitrase la marcha de la revolución.

Por esto, Martínez de Rozas y el brigadier Mackenna alentaron la idea de convocar un congreso. Era darle unidad al país, hacer que todo él tomase parte en la revolución, y contrarrestar la influencia de la aristocracia santiaguina, compuesta de gente aferrada á sus intereses, la cual, sin ser monarquista, era conservadora, indecisa, lenta, cuando menos, en la marcha de la revolución.

La revolución ya no podía ir despacio ni ser contemplativa. La

idea de convocar un congreso, con representación de las provincias, era un paso de todo punto revolucionario.

El partido español comenzó á moverse, no ya para llegar á un acuerdo con los criollos y proceder juntos á conservarle el reino al "amado cautivo", pero sí para levantarse en armas, deshacer todo lo hecho, y entregarle la colonia á Elio, el vengador que ya venía.

Hay una carta del brigadier Mackenna,—ingeniero irlandés al servicio del Rey que fué prohombre y mártir de nuestra primera Patria,—contestación á una del joven O'Higgins que ya estaba en Concepción abiertamente sublevado. En ella Mackenna trata de apaciguar el entusiasmo de O'Higgins por ese congreso cuya convocatoria el doctor Rozas había propuesto á la Junta. O'Higgins, habiéndose educado en Inglaterra, estaba lleno de ideas constitucionales y parlamentarias.

En esa carta (Vicuña Mackenna la reproduce en su "Vida de O'Higgins" página 162), Mackenna no niega las ventajas de la idea de Martínez de Rozas, el carácter abiertamente revolucionario de ella. La revolución era ya, en el criterio del oficial irlandés, un hecho irremediable, y necesitaba declararse sin embajes, entrar en vías de acción. Desde el 15 de Diciembre de 1810, fecha en que Martínez de Rozas le arrancó á la Junta el decreto de convocatoria del Congreso, Mackenna previó la entrada en armas del partido español.

Tanto Mackenna como Martínez de Rozas, pensaban que la reunión del Congreso sacudiría las energías de los patriotas dando al traste con las timideces, siendo, en una palabra, el paso de las Termópilas. También pensaban, con el Congreso vencer las rencillas del Cabildo. Pero no participaban ni Mackenna ni Martínez de Rozas, del entusiasmo teórico de O'Higgins. Rozas y Mackenna conocían demasiado bien el atraso intelectual del país para figurárselo reuniendo un congreso que no fuera desordenado é inepto. Lógicamente nada bueno ó serio podía esperarse del Congreso que se iba á reunir. Pero era un paso que había que darlo, tarde ó temprano, si el país quería independizarse. ¡Qué el noviciado pasara pronto! Este es el estado de ánimo en el cual, según los documentos, se encontraban Rozas y Mackenna con respecto al Congreso cuya convocatoria fué obra suya.

¿Cómo pudo, Martínez de Rozas, hacer aprobar el decreto de convocatoria por la Junta de Septiembre? Ya vimos la composición de esa Junta. En ella tenían mayoría, sino los realistas, al menos los timoratos.

La casualidad,—con la cual tienen que contar las revoluciones que comienzan,—se puso de parte de los "insurgentes", que ya así los españoles estaban llamando á los "reformistas" de ayer. La casualidad vino en forma de achaques y de muertes oportunas. El Conde de la Conquista y el Obispo Aldunate, se retiraron por enfermedad y vejez. El Conde murió en Febrero de 1811. Sólo quedaron en la Junta, representando las ideas conservadoras ó españolas,—en ese momento eran casi la misma cosa,—el consejero Márquez de la Plata y el coronel Reina.

Martínez de Rozas hacía cebo y pabito del viejo y miedoso consejero. Veremos más tarde, el 1.º de Abril, como lo hace firmar la sentencia de muerte de Figueroa, á pesar de ser, el pobre señor Márquez, español y alto funcionario del reino.

El coronel Reina poco importaba; era un hombre bueno y sin carácter,—alma de gallina vestida de militar,—que atravesaría la revolución sin ser desleal con la España ni enemigo de los insurgentes, lavándose las manos, escondiéndose en los días de refriega, sirviendo de figurón en las conciliaciones.

De este modo la Junta de Septiembre quedó encarnada en Martínez de Rozas y en Rosales. los dos hombres que en ese momento eran la inteligencia y el brazo de la revolución.

Se expidió, pues, en medio de la algazara de los "sarracenos",—nombre que se comenzó á dar á los españoles,—el decreto dictando las reglas para convocar á un Congreso Nacional.

El partido español comenzó á preparar una reacción armada. Las cosas habían llegado al colmo. ¿Qué reformas eran esas? ¿Qué Junta

para conservarle sus dominios al Rey? Se había depuesto un Presidente legítimo. Se protestaba del nombramiento de un nuevo Presidente. Salían escritos prestigiando la República, pidiendo la "alianza del cañón" entre las colonias españolas. Ahora, sin autorización de la Junta metropolitana, violando á fondo el sistema constitucional de Indias, como si la Real Audiencia hubiese sido una sección del Hospicio, se convocaba un Congreso, una asamblea nacional... ¿Qué era eso? Era la revolución, la Independencia...

Los oidores estaban enfurecidos. Desde la Plaza de Armas, al través de los vidrios de las Cajas Reales, se veían sus trémulos copetes en permamente y extraordinaria reunión.

La Real Audiencia, en secreto, se puso al habla con los godos Chopitea y Mata Linares, que eran capitalistas; con los militares Figueroa, Olaguer y Feliú,—antiguo jefe de la Plaza de Valdivia,—y también con el eterno é inofensivo coronel Reina, que era comandante de la artillería. Este cuerpo, en realidad lo mandaba el capitán Carrera, Luis Carrera, muchacho de veinte años, futuro adalid y mártir de la Patria.

Del acuerdo de la Real Academia con los corifeos y jefes militares no quedaron pruebas fehacientes. Los oidores, por miedo, prefirieron hacerlo todo verbalmente. No obstante, por la actitud de esta corporación el 1.º de Abril, por los movimientos de la tropa de Figueroa, y las palabras que á éste se le escaparon, en medio de su heroica discreción, en las gradas del patíbulo, á nadie le cupo duda de que ese desgraciado motín nació del acuerdo de la Real Audiencia con el partido español.

Los oidores, después de haber firmado, en Septiembre de 1810, bajo la presión de las cosas, un reconocimiento de la Junta, se habían retractado de ello, individualmente, ante los españoles.

Se encontró después el fragmento de un comunicado de Mackenna á O'Higgins, con fecha 20 de Febrero de 1811, en el cual le habla de denuncios recibidos por el doctor Rozas sobre un levantamiento organizado por la Audiencia y el partido español. Mackenna le agrega que, habiéndole pedido el doctor su parecer sobre el particular, le respondió: "Me parece que ha llegado la hora en que debe hablar la boca del cañón..."

Esto comprueba que el llamado motín de Figueroa no fué un espontáneo tumulto de cuartel, pero sí el resultado de una conjuración reaccionaria preparada en vista del avance de la revolución.

En la misma carta Mackenna dice á O'Higgins haber tratado con el doctor Rozas del arresto de Figueroa, Chopitea y Mata Linares, del envío de éstos á Valparaíso donde él (Mackenna) respondía de su seguridad... En esto, por desgracia, se corta el manuscrito en inglés que tanta luz vino á arrojar sobre el primer combate de nuestra Independencia. Este documento se encuentra traducido en la *Vida de O'Higgins* de Vicuña Mackenna, páginas 168 á 172.

Con cuarenta días de anticipación Martínez de Rozas estaba aler-

ta. Durante ese tiempo, si no tomó medidas resueltas como Mackenna se lo aconsejara, no dejó de contar las probabilidades del motín. Estas, en realidad, como se vió el 1.º de Abril, eran bien pocas.

Desde que el clero chileno se dividió, optando por la revolución una gran parte de él, el pueblo había entrado en ella ignorante, sin ideas definidas, pero con el ardor de cosas nuevas y mejores, y con el gusto instintivo de éste por el bullicio y la pelea. Desde ese momento, en la larga lucha que iba a comenzar, ni una sola vez los españoles encontrarían de su parte al pueblo.

Las mujeres, del mismo modo, desde que hubo élérgicos insurgentes, no vacilaron en serlo y en prestarle á la revolución el poderoso auxilio de sus faldas, de sus astucias y de sus chismes.

El Ejército también estaba dividido y de modo favorable á la revolución. En Santiago, las guardias nacionales, ó milicias colecticias, (Regimientos del Príncipe y de la Princesa), gente á medio armar que comandaban hacendados criollos, eran, á pesar de sus nombres, enemigas del régimen español.

Había dos cuerpos de reciente creación y, por lo tanto, algo revolucionario: los Húsares y los Dragones. Eran parte de los aumentos militares que Rozas había propuesto para defenderse de Napoleón...

La artillería la mandaba el coronel Reina, quien no era, verdaderamente, "un león de Castilla". Tenía como capitán á Luis Carrera, quien era, sí, un puma de los Andes.

Los Granaderos los comandaba, *pro-fórmula*, don José Santiago Luco, de la aristocracia conservadora, á quien no le faltaba el requisito de haber sido en España Guardia de Corps de Carlos IV, pero quién, en las próximas emergencias, no tomaría gran parte.

Quien pudo influir en los Granaderos fué el segundo jefe, Juan José Carreras (hermano mayor de Luis y de José Miguel) cuya nombre iba á figurar en la Independencia, si no con al aureola del genio, con el prestigio del heroísmo y la melancolía del martirio.

Todas estas fuerzas militares le pertenecían á la revolución.

El Rey contaba con sus Dragones (Dragones del Rey). Con este cuerpo García Carrasco había querido hacerse fuerte; lo comandaba interinamente, por ausencia de su jefe el Conde de la Marquina, un capitán Ugarte. contaba también con el Regimiento de Infantería del Rey, cuerpo que, aunque de formación colecticia, obedecía á un jefe español rico é intransigente, el coronel cívico don Domingo Díaz Muñoz de Salcedo.

El núcleo y la base del movimiento reaccionario iba á ser la Compañía del Dragones de la Frontera, tropa veterana que Martínez de Rozas se trajo de Concepción, con su jefe Figueroa, temeroso de dejarla allá, sin pensar que tendría que arrepentirse de haberla traído.

Estas eran las fuerzas militares de la capital á principios de 1811.

B. VICUÑA SUBERCASEAUX.



"LA MARISMA"

CUADRO DE THEODORE ROUSSEAU



LA EDAD FELIZ

CUADRO DE FRED MORGAN

EL ESPECTRO



OS que leéis, morais todavía entre los vivos; pero yo habré partido mucho tiempo antes para las regiones de la sombra, pues sucederán acontecimientos inauditos, muchos secretos serán revelados, transcurrirán siglos y eras sin que estas palabras sean aún conocidas por los hombres. Cuando las conozcan, muchos no las creerán; otros, después de conocerlas, se mirarán dubitativos, y muy pocos hallarán objetos de

meditación en los caracteres que voy á trazar con mi estilo de hierro sobre esta tablilla encerada.

El año había sido un año de terror, meno de la más profunda desgracia, para cuya expresión fiel no existe concepto adecuado. Habíanse sucedido en la tierra y en la mar muchos prodigios y muchos sucesos agoreros. Desplegó sus fatídicas alas negras la peste, y los conocedores de las estrellas no ignoraban que el aspecto del cielo era anuncio de desventuras. Para mí—el griego de Oinos—era evidente que aquel año, el setecientos noventa y cuatro, á la entrada de Aries, el planeta Júpiter se hallaría en conjunción con el rojizo anillo de Saturno. Esta maléfica influencia, no sólo pesaba sobre la parte material de la Tierra, sino también sobre los oráculos y los vaticinios de los astrólogos y sobre las meditaciones de la humanidad.

Una noche nos encontramos siete amigos en una estancia del viejo palacio de Tolemaida, sentados alrededor de algunas ánforas de vino de Chío. Para olvidarlo todo, departíamos sobre la suprema maestría del artífice Corino, quien había esculpido la puerta de bronce única que daba acceso á la sala donde nos hallábamos. Aunque encerrados de esta suerte no veíamos el aspecto lúgubre de las estrellas y de las calles solitarias, el presentimiento y el recuerdo del azote persistían en nosotros.

A nuestro alrededor, las cosas materiales é inmateriales presentaban una anomalía de que no me puedo dar exacta cuenta: notábase fuerte pesadez en la atmósfera, cierta sensación de angustia, y, sobre todo, ese especial estado que sufren las personas histéricas, cuando los sentidos están cruelmente despiertos y la inteligencia entristecida y atontada. Un hálito inmortal pesaba sobre nuestros miembros y se extendía sobre los muebles y sobre las copas donde bebíamos. Todo parecía oprimido por una pesadumbre letal, postrado en un abatimiento inexplicable.

Siete lámparas de hierro alumbraban nuestra triste orgía. Su pálida luz abrillantaba la superficie bruñida de la mesa de ébano, en rededor de la cual estábamos sentados, y en aquel espejo negro, cada uno de los invitados contemplaba la lividez casi cadavérica de su rostro y el inquieto brillo de todas las miradas. No obstante, fingiendo estar alegres, reíamos, pero de una manera histérica, y hasta hubo alguno que se atrevió á entonar canciones de Acreonte, pintando una felicidad geórgica, que resonaban en nuestros oídos como imposible quimera. También se bebía mucho, aún cuando la púrpura del vino nos recordaba la de la sangre. Tal vez en aquella pena latente

influyera la extraña actitud de nuestros compañeros, porque en la cámara había un octavo personaje: el joven Zoilo.

Muerto y sepultado hacía algún tiempo, constituía el genio del mal de aquella escena. Aunque él no tomaba parte directamente en nuestra orgía, su rostro, descompuesto por el mal, y sus ojos, en cuya vidriosidad la Parca sólo había pintado á medias el fuego de la peste, parecían animarse por un movimiento de atención. El cadáver semejaba experimentar tanto interés por nuestra alegría como les es posible á los muertos interesarse por el gozo de los que deben morir. Comprendiendo yo que la expresión triste de aquellos ojos helaría mi buen humor, separé de ellos los míos, y fijándolos en las profundidades del espejo de ébano, canté con voz tonante y alegre las canciones báquicas del poeta de Teos. Pero insensiblemente, mi canto fué amortiguándose, y sus ecos, después de debilitarse y languidecer, se desvanecieron entre las negras colgaduras de la estancia.

me

Pero he aquí que del fondo de aquella colgadura, donde fué á expirar el sonido de mi canción, inauditamente surgió una sombra, que, temblando y oseiando sobre el cortinaje, se deslizó, apareciendo, al fin, visible en la superficie de la puerta de bronce. Era una sombra indefinida, oscura, semejante á la proyectada por un sér extraño cuando la luna está baja en el firmamento. Pero su vaguedad, la impresión de sus contornos, sólo nos dejaba comprender que no era la sombra de un hombre, y, aunque por su soberana majestad pensamos que pudiera ser la de un dios, comprendimos que no era la efigie de Zeús, ni la de Abracadabra, ni la de Saturno, ni la de ningún otro dios de Egipto ni de Caldea.

La sombra erguida y mística reposaba sobre la gran puerta de bronce. Su cabeza llegaba hasta los arcaicos capiteles. La puerta en que reposaba inmóvil, muda, pero acentuándose cada vez más la sombra, se hallaba frente al nicho de Zoilo.

Nosotros, los siete compañeros, que habíamos visto surgir la aparición de entre el ignoto fondo de los cortinajes, aterrizados, no nos atrevimos á mirarla, y fijamos los ojos en la profundidad del espejo de ébano, como si pretendiéramos hallar en él la clave de aquel

horrído y enigmático suceso. Por fin, yo—Oinos—me atreví á pronunciar en voz baja algunas palabras, interrogando á la sombra sobre cuáles eran su morada y su nombre.

Y la sombra me respondió:

—¡Yo soy EL ETERNO ESPECTRO! y mi morada está cercana á las catacumbas de Tolemaida! Habito al lado de las laudas sombrías por cuyas ígneas é impuras aguas se desliza la barca de Caronte.

Los siete nos levantamos de nuestros asientos temblorosos, horripilados y convulsos, pues el timbre de la voz de la sombra no era el de un solo individuo, sino el de una multitud de seres. Aquella voz que cambiaba de inflexión á cada sílaba, hirió confusamente nuestros oídos, imitando los acentos familiares de cuantos seres amados nos había arrebatado la muerte. Sólo Zoilo continuaba tranquilo en su tumba.

EDGAR ALLAN POE



AMOR DIVINO

CUADRO DE GRENVILLE MAUBON

LA GARRA DE LEÓN



N grave estado de salud volvió de su estancia en Cochinchina el teniente de navío Julián de Rhe; y, cuando después de tres largos meses de estar enfermo en la casa paterna, en Turena, entró en convalecencia y pudo dar un paseíto por la terraza, al borde del Loire, apoyado en los hombros de su madre y de su hermana —¡con qué amor le habían cuidado las pobres!—el joven

todavía experimentaba á menudo, al soplo ya frío del otoño, estremecimientos inquietantes.

—Vaya usted á pasar lo más crudo del invierno á Pau—aconsejóle el médico.—Es aquel un clima dulce, no muy cálido, costumbrado por excelencia... Es lo que le conviene; y cuando usted vuelva, dentro de tres meses, á casa de su madre, estará curado.

Es por ello que, hacia mediados de Noviembre, acodado en la ventana llena de sol del hotel Gardères, Julián de Rhe contemplaba el sublime panorama de los Pirineos, fumando los deliciosos cigarrillos del convalesciente, que ahora le parecían tan fuertes, y que le recordaban los antaño saboreados á escondidas en el entrepuente del "Borda", los cuales le daban las sensaciones de los dieciséis años.

—¡Vaya, vaya, vaya!... Este Pau!... ¡Pero si está lleno de las más lindas mujeres! —advirtió el mozo la primera vez que fué á oír la música militar á la Plaza Real y á gaudular en torno á la estatua, estilo trovador, del buen Rey Enrique; y, por más que no pecase de libertino ni de presumido, el marino, en el cual súbitamente había penetrado el amor á la vida, púsose su casco y su uniforme de tres galones de oro nuevos, en el que brillaba la roseta de la Legión de Honor, que su madre le pusiera en su pecho, en lo más álgido de su enfermedad pasada, y que él creyera no habría de llevar más que una vez en su vida, sobre el paño negro de su ataúd.

¡Qué bien había hecho en venir á Pau! Era exquisito aquel sol que calentaba sin quemar, aquel azul, aquel vasto paisaje, el lejano anfiteatro de las colinas, y allá, muy distantes, las cimas de nieve en el cielo! ¡Era divertido por extremo circular entre la cosmopolita turba, entre las hermosas extranjeras, y escuchar sus voces modulando todas las lenguas de Europa, y confundiéndose como los diversos cantos de los pájaros en una pajarera. Cierto que no faltaban los encuentros desagradables, como el que había tenido con un joven inglés tísico en el último período, al cual paseaba un criado en un cochecillo de mano, envuelto en mantas y plaid. ¡Ah! Aquel espectáculo le había hecho estremecerse; más, después del primer impulso de piedad—¡es el hombre tan egoísta!—Julián pensó que él, á su vez, cuando desembarcó en Tolón, flaco como un esqueleto, con los ojos hundidos, inspiraba miedo también sólo de verle; y que ahora se hallaba bien curado, habiendo venido de tan lejos.

Y respirando el aire tibio á plenos pulmones, lleno de bienestar, en tanto que sentía la caricia del sol en la espalda, bien vestido, bien rasurado, orgulloso de su roseta nueva, Julián de Rhe sentía la alegría de vivir, daba monedas á los mendigos, cruzaba sus miradas con las de las mujeres bellas que encontraba al paso, y se detenía, conmovido, ante las lindas y robustas muchachas americanas que, de blanco vestidas, danzaban en ronda en derredor de un árbol de la Plaza Real, al ritmo del paso doble ejecutado por la música del regimiento.

★ ★

¡Qué condiciones más propicias para enamorarse! ¿verdad? Tan propicias eran, que el mozo experimentó algo semejante á una descarga eléctrica el día en que vió á la señorita Olga Babarine, la más bella de la colonia rusa, en el momento en que bajaba de su caballo frente al hotel Gassion, donde se hospedaba, en compañía de su madre.

Eran las cinco de la tarde, poco más, poco menos, y ella volvía de la caza de la zorra. Los cinco ó seis adoradores de roja casaca que la acompañaban, echaron cuanto antes pié á tierra, atropellándose en su afán de ser cada cual el primero que la tuviera el estribo. Ella se dejó caer en los brazos del que llegó primero; y en seguida, llamando con el mango del látigo sobre la mesa

de la *vérandah*, pidió una taza de leche, bebióla de un sólo trago; y de pié, su esbelto cuerpo de diosa modelado por la negra amazona, sus cabellos de color de cobre rebasando el ala del varonil sombrero, refa, conservando la taza vacía en las manos, satisfecha y como embriagada por la bebida fresca, untadas de cremas las comisuras de los labios; y el sol poniente, arrancando reflejos de su cabellera, dijérase que rodeaba su rostro con un halo de oro.

Luego, ya sería, dejó la taza sobre la mesa, hizo un ligero saludo lleno de desdén al grupo de casacas rojas, y entró en el hotel con paso imperial, azotando con el sutil fuede su falda.

Tres días después, Julián de Rhe, que pasara el tiempo preguntando á sus conocidos: "¿Quién es ella? Estoy loco, la adoro, etc.", fué presentado,—cosa no difícil,—en casa de la señora Babarine, ingresando al pelotón de enamorados de la hermosa rusa. Mas ¿era efectivamente rusa aquella seductora criatura, que desde los comienzos de la estación galopaba durante el día y bailaba por la noche? Sí, por su padre adoptivo, por el primer marido de su madre, el conde de Babarine. Pero todo el mundo sabía

que la madre se había divorciado precisamente en los días del nacimiento de su hija, y que la señora Babarine, cuyo padre era un banquero de Nueva York llamado Jacobson, había sostenido relaciones casi públicas algún tiempo antes con un príncipe real del norte —un Cristián ó un Oscar cualquiera,— relaciones á consecuencia de las cuales Olga probablemente había nacido. ¿Tenía nacionalidad aquella moza, primeramente educada por una *nurse* de Escocia, colegiala luego de un convento de Nápoles y más tarde pensionada en un establecimiento protestante de Ginebra, que durmiera la tercera parte de sus noches sobre los cojines de los expresos, y que entre sus recuerdos, como en

un cinematógrafo, tan sólo vefía desilar estaciones termales, baños de mar, estaciones de invierno y otros sitios de *rendez-vous* elegantes, por los cuales su madre—bella mujer todavía,—paseaba su tedio de coqueta? ¡Ay! Carecería de patria aquella extraña muchacha, que, junto á pudores de virgen, tenía desenvolturas de adolescente, y que decía, burlándose de sí misma:

—No soy de París, ni de Londres, ni de Viena, ni de San Petersburgo... Nací en una mesa redonda.

¿Tenía familia? Tampoco. Su verdadero padre,—el Oscar ó el Cristián, al cual la señora Babarine no cesaba de hacer alusión—había muerto desde hacía algunos años; y en cuanto al conde ruso, su padre según la ley, jamás se ocupaba de ella. Completamente arruinado, no le restaba á la hora presente otro recurso que el del infalible pistoletazo, y vivía ganando todos los premios de tiro de pichón imaginables. Por lo que á la condesa toca, no obstante sus peridícos enternecimientos maternales, que ponían nervioso á cualquiera, en razón de su falsedad, hallábase dotada de uno de esos egoísmos perfectos, absolutos, esféricos, difíciles de sorprenderse por lo demás, á tal punto, que durante una fiebre tifoidea que puso á Olga al borde del sepulcro cuando apenas contaba ocho años, la señora Babarine no se había olvidado una sola vez—á tiempo que velaba á su hija por humano respeto—de calzarse los guantes por la noche, secreto al que debía el conservar sus manos tan blancas.

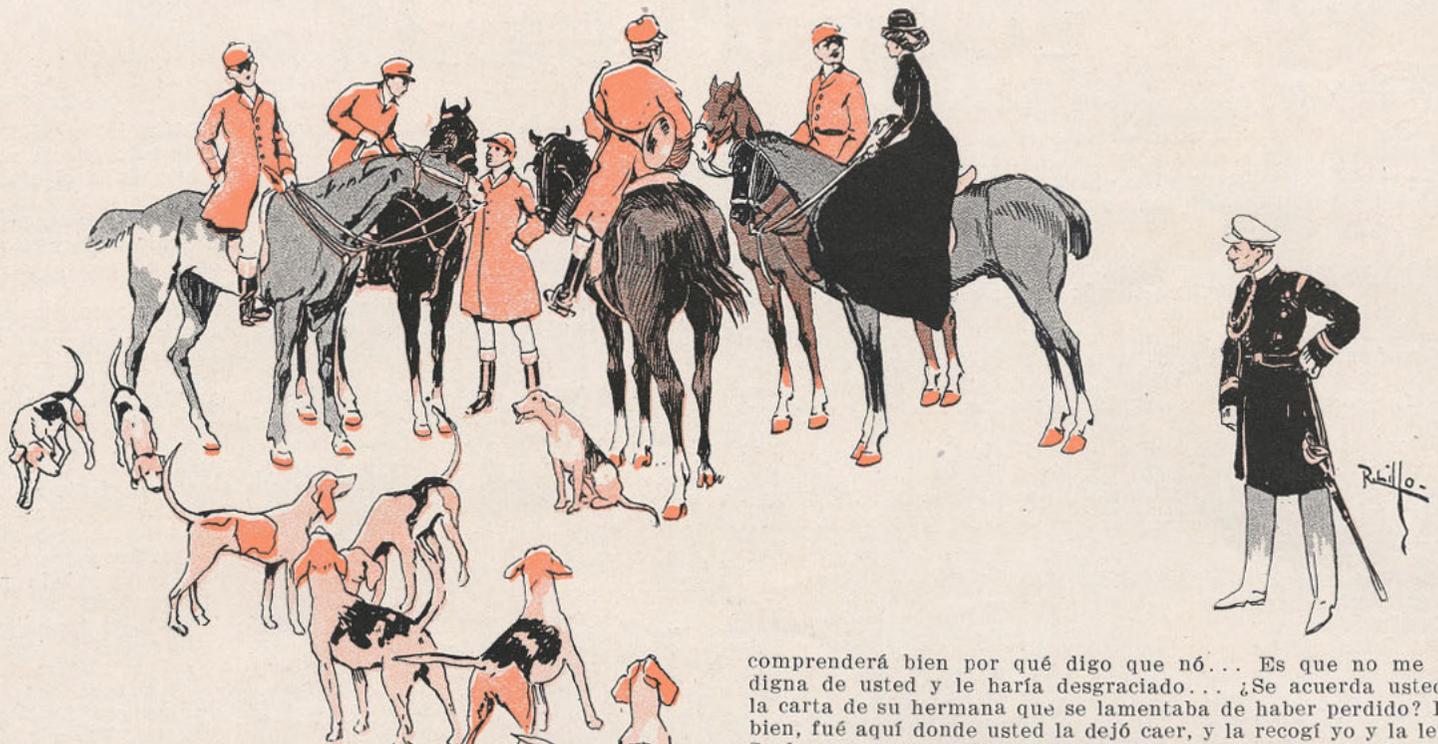
Julián de Rhe enteróse de todo esto en cuanto se hubo filiado en el escuadrón volantes de enamorados que maniobraba constantemente en torno de Olga Babarine, y dióse á amar perdidamente á la singular y turbadora chica, quien se dejaba mirar á los ojos, y que el día que un común amigo le presentó al teniente de navío, no pudo menos de exclamar, dirigiéndose á él, á tiempo que encendía un cigarrillo:

—¡Ah! ¿Es usted el que está enamorado de mí? Buenos días, caballero.

En seguida le dió un caluroso apretón de manos, como á un hombre.

La amó el honrado y bravo marino; la amó tanto más cuanto que no tardó en comprenderla y compadecerla. No se equivocaba. Olga era caprichosa, mal educada, pero sin coquetería, y de alma orgullosa y franca. ¿Quién sabe! ¿Acaso penetraba ella toda la vanidad de su vida de agitación y de placeres? Lo cierto es que solía juzgar, y en verdad que severamente, á los jóvenes que





rondaban á su alrededor durante la caza de la zorra, y que se hacían inscribir diariamente en su carnet de baile. Todos la deseaban, aunque sin estimarla, pues ninguno de ellos se decidía á pedirla en matrimonio. De ahí que les tratase rudamente, haciéndose respetar si se aventuraban á hablarla muy al oído, en el arrebato de un vals ó á oprimir demasiado, cuando se las tendía, su mano amiga.

Julían, cuya delicadeza de corazón resolvíase en penetración de espíritu—á menudo los ingenuos son los que ven mejor en la vida—descubrió el secreto tesoro de la lealtad que había en aquella chica, en el fondo tan infortunada. Sin duda que la amaba por su belleza, al extremo de sentir desvanecimientos cuando, en un alto, hecho durante el baile, la sentía apoyarse en su brazo, en su esplendor de rusa de negros ojos, de tinte rosa, hablándole con abandono y embriagándola con sus pupilas de estrella y sus ojos de violeta. Pero la amaba también, y la amaba, sobre todo, por sus penas tan orgullosamente ocultadas; y se le oprimía el corazón cuando sorprendía el mirar sombrío, el mirar doloroso de Olga sobre su madre, á tiempo que la señora Babarine, en su té de cuatro á seis—sentada contra la luz, á fin de disimular las manchas del cutis inútilmente combatidas—evocaba, con llanas y descarnadas palabras, sus reales conquistas en las cortes del norte.

¡Casarse con ella! ¡Sí, arrancarla de aquel ambiente de peligros, llevarla á casa de su madre, hacerla respirar la fortificante y pura atmósfera de una verdadera familia; salvarla, en una palabra, hé ahí en lo que él soñaba tan sólo! Hasta en ocasiones creía que Olga había adivinado su deseo, y cuando en los téés de la señora Babarine, en los cuales Olga trataba á sus adoradores con la franqueza habitual, ella presentaba al marino la taza humeante, éste sorprendía en el fondo de las pupilas de la joven algo como una dulce y lejana luz, que dijérase respondía á su piedad generosa y á su ternura infinita.

★ ★

—Sí, señorita; mi licencia termina dentro de ocho días. Dejaré á Pau mañana, á fin de ir á pasar algunos días en Turena, al lado de mi madre. De ahí marcharé á Brest, como ayuda de campo del prefecto marítimo, y dentro de un año ó dieciocho meses, volveré al mar.

Encontrábanse solos en un rincón de la sala de lectura del hotel, de pie cerca de una ventana abierta ante el cielo de la noche, en el que palpitaban millares de estrellas.

—¡Adiós, pues, y buen viaje!—respondió Olga con voz sincera y firme.—Pero tengo algo que pedir á usted, señor de Rhe... Sí, esa garra de león montada en un anillo de oro que lleva usted como dije... La deseo... Es de un león que mató usted en una partida de caza, hace tiempo, en Africa, ¿no es verdad?... Tengo puntos de semejanza con las fieras, y ese bibelot me conviene... Démelo usted; yo lo guardaré como recuerdo suyo.

Julían desprendió de la cadenilla de su reloj la diminuta chuchería, y la puso en manos de la moza; pero súbitamente cogió aquellas manos entre las suyas, y en voz baja murmuró ardientemente:

—¡La amo á usted! ¿Quiere ser mi esposa?

Olga se apartó dulcemente, conservando la garra de león; luego, cruzándose de brazos, miró por largos instantes á de Rhe, cara á cara, sin emoción aparente.

—¡No, dijo al cabo, nó!... Y, sin embargo, es usted el primero en amarme y en decírmelo así. Pero justamente por ello rehusó...

—¡Olga!—exclamó Julían con alterada voz.

—Escúcheme — replicó interrumpiéndole con un gesto,—y

comprenderá bien por qué digo que nó... Es que no me creo digna de usted y le haría desgraciado... ¿Se acuerda usted de la carta de su hermana que se lamentaba de haber perdido? Pues bien, fué aquí donde usted la dejó caer, y la recogí yo y la leí... Su hermana respondía á la confianza que usted la hacía de sus sentimientos hacia mí... sentimientos que bien había adivinado yo hace tiempo... Se regocijaba, como sencilla y virtuosa que es; pero en términos que me han hecho comprender qué profunda, qué terrible diferencia existe entre una verdadera señorita y yo... Leyendo esa carta, llena de detalles íntimos y conmovedores, me dí cuenta también de lo que es su familia, verdadero hogar de gente honrada, al cual usted tan sólo debe introducir una honrada mujer... ¡Bendiga usted á Dios, señor de Rhe, que le concedió una madre en cuyos cabellos grises no puede pensar sin sentir algo de deliciosamente dulce que se funde en su corazón... Yo también tengo una madre, yo también... pero me he visto forzada á juzgarla... Usted de ella tan solo conoce el lado ridículo; pero yo la conozco mejor... Si usted le pide mi mano, ella la negaría, porque usted es de humilde nobleza y de fortuna mediocre... Mi madre ha decidido que, ó hago un gran matrimonio... ó ella se encargará de buscarme alguna otra cosa... ¿Eh, no es cierto que tengo sobrada experiencia para ser una muchacha de diecinueve años?... ¡Es horrible! Pero es así... ¡He ahí la razón por la cual estuvimos el invierno último en Niza, el último verano en Scheweningue, y ahora estamos en Pau! He aquí por qué rodamos de un extremo á otro de Europa; por qué dormimos en camas de hotel y comemos en la mesa redonda. Mi madre ha sido casi princesa real, usted comprende, y me ha dado á entender, desde que contaba quince años, que estaba destinada á ser por lo menos archiduquesa, aunque fuera de mentirijillas... ¡Un burgués!... A sus ojos, yo descendería. ¡Ah! Yo debo de inspirar á usted asco y me da vergüenza de mí misma! No proteste... No, usted no querrá llevar al lado de su madre, como la mujer propia, á la que han llenado de lodo el corazón... Y, además, yo soy solamente un objeto de lujo, costoso é inútil, del cual no tiene usted necesidad, y el que no le proporcionaría, por cierto, la dicha... Por otra parte, yo no le amo, ni amo á nadie... El amor está en las cosas que se me han prohibido... Adiós, señor de Rhe; levántese usted y váyase sin decirme una palabra, se lo ruego... Sólo que usted me dejará su garra de león, ¿no es verdad? Ella me recordará á un joven honrado, al cual yo traté á mi vez, como señorita honrada también... No me diga nada y abandonémonos para siempre... Adiós.

★ ★

Tres años después, el transporte de vapor "Du Cönedic", volviendo del Senegal, acababa de hacer escala en las Canarias, para recoger el correo, y continuaba su camino en una noche tempestuosa, cuando el contramaestre penetró en la cámara de oficiales, y dejó sobre la mesa un paquete de periódicos.

Julían de Rhe desplegó una página de información, que provenía de París, y era por lo menos de tres semanas atrás, y leyó, con el título de **Monarcas que viajan**, las siguientes líneas:

"S. M. el Rey de Suavia, que viaja, como se sabe, dentro del más riguroso incógnito, con el nombre de conde de Augsburgo, se encuentra desde ayer entre nosotros.

"Un desagradable incidente acació en la estación, en los momentos de la llegada del Rey. La baronesa de Hall, quien, acompañada tan sólo de su madre, la condesa Babarine, viaja con Su Majestad, perdió una joya de valor, por la cual la señora de Hall, á lo que parece, tiene la más grande estima. Es una simple garra de león montada en un pequeño círculo de oro.

"La señora de Hall ha prometido dos mil francos de recompensa á la persona que le entregue este objeto".

—Cuidado, Julían... Olvida usted su hora de guardia, mi querido amigo.

—Gracias,—dijo Julían de Rhe, dejando el periódico, y como volviendo de un ensueño.

Aquella noche el timonel, que se encontraba sobre el puente con el oficial de guardia, vió—no obstante el viento que soplaba y la agitación de las olas,—que aquél se llevaba repetidas veces el pañuelo á los ojos.



EL IDOLO

CUADRO DE M. A. BESNARD

ANTONIO FOGAZZARO

En las páginas de la literatura italiana contemporánea, se destaca la figura de Antonio Fogazzaro con la fuerza evocadora de los bajos relieves de la antigua Grecia, que mostraban en compendio todo un mundo, en las líneas salientes de sus contornos vigorosos. Púedese afirmar que después de la muerte de Manzoni no ha tenido la península representante más autorizado en su novela, si bien Fogazzaro difiere radicalmente de Manzoni así por la índole peculiar de cada uno cuanto por las condiciones emanadas de la época misma en que escribieron sus obras respectivas.

Fogazzaro es el hijo de una época de lucha religiosa, en la cual los conflictos de conciencia predominan, planteados ya problemas formidables que debemos resolver de manera tan forzosa como apremiante si no queremos dejarnos arrastrar por el oleaje de tempestades que asoman en no lejano porvenir con manchas negras. Era, como escritor así cuanto hombre un creyente en la amplia acepción de la palabra, y conociendo, como conocía, el espíritu del siglo, quería conciliar la ciencia con el espíritu religioso, el espíritu investigador con el sentimiento de la fe cristiana. En el fondo de su alma se vislumbra un idealismo sentimental invencible y triunfante, transmitido luego hasta lo más leve de sus páginas como sople divino.

Antonio Fogazzaro nació en Vicencio durante el año 1847, cuando su patria yacía bajo el yugo de países extranjeros, no formalada aún la idea de una Italia unida, fuerte y poderosa. La literatura se resentía naturalmente de la situación política, y el arte era un simple reflejo de la sociedad y de la época histórica. En Fogazzaro se reveló un poeta, le alma delicada y de profundo sentimiento lírico, aún cuando no poseyera el vuelo de un Leopardi; su esfera de acción debía ser la prosa, observada y vivida en la novela.

Su poema "Minanda" fué publicado en 1874, llamando desde el primer momento la atención del público y recibiendo elogios y ataques de la crítica, esos ataques de los cuales jamás se ven libres ni los más grandes y elevados escritores. Su poema "Valsolda" fué dado á luz en 1876.

La primera de las novelas de Fogazzaro, "Malombra", que debía iniciar su celebridad en este género, fué publicada en 1881, no bastó, sin embargo, para conquistarle un puesto de primera fila entre los escritores de la península. Fué la suya, una reputación que crecía lentamente, sin que la empujaran esas marejadas súbitas que llevan de golpe á ciertos escritores al pináculo de la celebridad. Luego, en 1882, publicaba "Un pensiero de Hermes Torrance", obra que no avanzó todavía considerablemente la reputación del novelista. En 1885 aparece "Il fiasco del maestro Chieca". Ya comenzaba á acentuarse el éxito lisonjero de la obra de Fogazzaro, y se le señalaba como uno de los grandes novelistas de su patria. En su obra desbordaba la imaginación, una imaginación cálida y colorida que tendía á un idealismo exaltado, á una observación de la vida en sentido optimista; el marco de sus palabras era melodramático. Su éxito se afirmaba con "Daniele cortis", en 1885, luego venían sus obras Fidele, En pos, Il Misterio del poeta. Ya no era discutido su puesto de primera línea en la literatura de su patria. "Eva", "Piccolo mondo antico", "Piccolo mondo moderno", le presentaban convertido en uno de los más interesantes observadores de la vida contemporánea. Fogazzaro sabía penetrar hasta lo íntimo y más escondido de las almas, poniendo el dedo en las heridas del alma contemporánea, sintiendo gemir á los dolientes, contemplando esas miserias ocultas para la masa indiferente de la humanidad. Hoy día el arte posee su misión propia, tiene su campo de promesas, de sufrimientos y de consuelos.

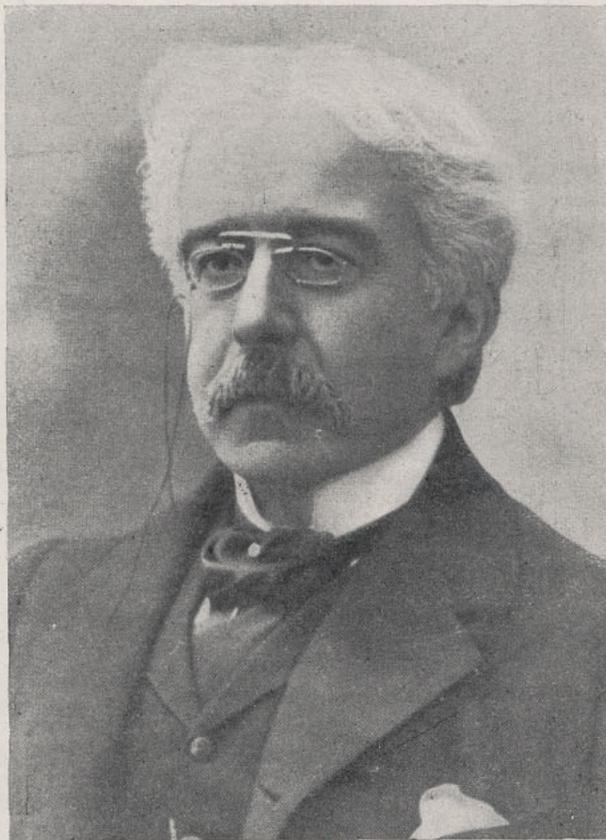
La obra de Fogazzaro en Italia, corresponde á la nueva corriente dominante en toda la literatura contemporánea de Europa. Hace cuarenta años, el célebre crítico Saint Beuve, al analizar la novela de Flaubert titulada "Madame Bovary" señaló el hecho de que se iniciaba una nueva era en la novela francesa, en obediencia á la nueva corriente de inspiración que prevalecía sustituyendo á la

que estuvo de moda con Jorge Sand. El ideal había cesado, sustituido por la observación de la vida real; los hombres quedaban curados de lirismo "una severa y desapiadada verdad ha hecho su entrada en la literatura, la última palabra es de la experiencia aún en el arte mismo". Los caracteres de la nueva literatura de ficción son la ciencia, el espíritu de observación, la madurez, la fuerza del toque, la dureza. El ideal lírico ha cesado, la lírica se ha agotado.

El espíritu de observación y el toque duro de la realidad han sido llevados demasitados lejos en la novela francesa de nuestros días, en forma tal que esa novela ha perdido mucho de sus brillantes é inolvidables atractivos en Europa. Los más famosos novelistas ingleses han pasado sin dejar sucesores tras de sí. Pero en dos países, en Rusia y en Italia, se revelaba al mismo tiempo la acción indirecta de las nuevas corrientes transformadas según el medio ambiente.

Mientras en Rusia predominaba el realismo crudo de la estepa, en Italia ese mismo realismo recibía los toques de su temperamento ardiente, empapado en los rayos de sol de sus campiñas, en los tintes calientes y voluptuosos del sol napolitano. Verga le daba su realismo punzante, Farina su amable dulzura, Barrili su idealismo delicioso, y Fogazzaro un realismo, por decirlo así, espiritualista.

"Il Santo" ha venido á señalar una nota nueva en la literatura italiana, ó más bien aún en la literatura europea. Era una personalidad viva y doliente la que encontraba eco en la obra capital del escritor italiano; sentíase el anhelo generoso de espíritus que ansiaban la transformación de la iglesia misma en las corrientes modernistas, hoy en día condenadas, pero que tuvieron sus horas de auge y de esperanza. Sea de esto lo que fuere, ya que no tenemos el propósito de sostener la verdad del hecho sino de señalarlo, sin defender ni condenar la tesis, la aparición de la novela de Fogazzaro, tuvo en Italia inmensa resonancia, agitando los espíritus de toda la península. Los personajes de la obra aparecían de relieve, con intensidad profunda de luces y colores. En el fondo el asceta, el santo, luchaba contra las corrientes arraigadas en la sociedad, era un sér de pasión y al mismo tiempo de pureza; había cruzado por el mundo al través de



ANTONIO FOGAZZARO

las tempestades del sentimiento y de la vida, del amor insaciable y del sentimiento incontenible, para llegar, por medio de la fría reflexión, á la esfera del espíritu puro, anhelante de conseguir la paz del espíritu en una forma religiosa de trascendentales consecuencias. La entrevista con el Pontífice León XIII es de un vigor artístico extraordinario y acaso no superado en la novela contemporánea. Allí aparece de cuerpo entero la hermosa figura del Pontífice, entre las sombras del palacio del Vaticano, en la hora trágica de los crepúsculos y de las dudas; allí se ven las camarillas que necesariamente rodan á todos los grandes poderes públicos, obrando poderosa é invisiblemente, en la sombra, tejiendo sus redes que á primera vista no aparecen, más no por eso menos formidables ni menos potentes. Y el Santo, con su figura de asceta y de apasionado á un mismo tiempo, de alma sencilla que se siente llamada á grandes destinos, á una reforma de trascendentales proporciones, crece y se agiganta en medio de los egoísmos de la vida contemporánea. Todo lo que significa una convicción ó una fe, cualquiera que ella sea, despierta nuestro respeto y nuestra admiración.

Luego, en torno de personalidades tan interesantes vemos el movimiento de las multitudes, el apasionamiento natural en los espíritus, seducidos y arrastrados á la espera de algo grande, de algo inesperado y nuevo en la vida de los sentimientos que también tienen su historia como las ideas.

La figura de Antonio Fogazzaro ha subido, durante los últimos tiempos á las cumbres de la literatura italiana, ocupando hoy en día el primer puesto entre sus grandes noveladores, talvez á mayor altura que D'Annunzio ó Verga.



Las Blancuras Sagradas

CONCHA.—“MISERIA”

La escultura chilena, clásica y romántica en sus primeras tendencias, carecía de obras severamente realistas para demostrar su potencia creadora en las tres principales escuelas del arte.

La enseñanza escolar de la manera clásica y la consagración de sus leyes estéticas como las únicas dignas de regir las manifestaciones de lo bello, retardaron el advenimiento del realismo, la victoria del carácter sobre la belleza, de la armonía íntima sobre la armonía plástica. Pero, lentamente, la victoria se produjo, el realismo dominó, y la escultura, que de etapa en etapa descendió de los dioses helénicos á los césares romanos, pasó del vencedor antiguo al obrero moderno, de las carnes desnudas en su alegría á los músculos velados en su dolor.

Cierto que, históricamente, en esta ó en aquella obra escultórica se insinúa la verdad sobre la belleza ó asoma un ángulo de escualidez entre curvas de salud, pero en ellas se cincelaron momentos morales,—arrepentimiento, sacrificio,—y no estados fisiológicos,—hambre, extenuación. La escultura antigua, que perseguía la belleza de la forma, el prodigio de las blancuras sombreadas de relieves, la orgía de la línea en los modelados vertiginosos, no podía detenerse en la expresión de las plasticidades miserables. Quería la serenidad, la alegría ó la majestad, pero no el dolor de la forma.

Un día llegó Charlier y otro, Meunier. Más que para manifestar el carácter artístico de la vida obrera, estos escultores cincelaron sus obras para expresar la belleza del esfuerzo simbolizada en el trabajador moderno. Apartándose de la figura correspondiente á determinado concepto de belleza formal, buscaron la belleza del carácter, la unidad de una idea, realzada por la línea. Dominó la verdad sobre la convención; todo relieve fué un valor escultórico, todo gesto un valor plástico; en todas las cosas se descubrió una elevada dignidad artística, y así, paso á paso, llegamos á la muerte de lo deforme, al crepúsculo de lo feo. Triunfó el sentido íntimo de la forma: el carácter; la vida escultórica de la línea: la expresión. La figura del obrero moderno igualó en valor estético al dios antiguo; los andrajos miserables á los paños augustos. Al mundo griego en que dominaba la gracia y la sonrisa de los horizontes luminosos, sucedió el mundo de hoy, en que domina el esfuerzo y el hastío de los horizontes ceñudos, ennegrecidos por el humo. El héroe es el trabajador; los laureles, las espigas. El claro cielo de mármol de los bajo relieves de Fidias se convirtió en el sombrío cielo de bronce de los bajo relieves de Meunier.

Concha habiendo conocido las crueldades de la vida y recibido casi únicamente la visión de la miseria soñó expresar, desde sus primeros instantes escultóricos, la belleza de las formas miserables. Una de sus obras primigenias es un mendigo viejo y esquelético, que sentado en tierra, tiende la mano á la limosna, en actitud de dolorida y agria resignación. Es un ensayo de gesto. El hambre no viborea por entre el ramaje seco de esos músculos. El poema de atormentadas líneas que persiguió el artista no desenvuelve en esas formas sus plasticidades dolorosas.

Concha insistió y pasando de la visión insegura, que en la búsqueda de sí misma corrige sin cesar la orientación de sus movimientos, á la intensa y vigorosamente corporificada en relieves y sombras, esculpió el grupo “Miseria”. Una ráfaga de invierno arremolina los vestidos y se lleva el manto de una mendiga escualida que, de pie, encoge los hombros, cierra los ojos, echa hacia atrás la cabeza para resistir al viento, posa una mano sobre el corazón y atrae á sí con la otra, para defenderlo, el cuerpo atemorizado de su hija. La niña, refugiada en el calor materno se sopla las manos ateridas y mira con grandes ojos de asombro al cielo revuelto por la ráfaga de tempestad. La madre y la hija, trémulas, harapientas, con los pies desnudos, se estrechan; están sobre la nieve; el viento las envuelve, las hace tiritar, y así, unidas en el peligro loco, forman

un grupo de frío y de pavor en que la línea de los codos, de la cintura y de las rodillas dobladas, se repliega en contracciones angulosas, intensamente atormentadoras de nuestro sentido rítmico en la apreciación estética de las formas.

Estamos tan acostumbrados á la melodía en los perfiles envolventes, hemos seguido con tanto placer el movimiento de la curva en su avance promedial entre la recta y el semicírculo, y hemos adivinado en tantos mármoles el punto preciso en que debía morir la línea, con sólo conocer el arraigo de su desenvolvimiento modelar, que, ante este grupo en que la línea central cae exstinguendo las masas con las fúlgidas quebraduras del rayo, nos sentimos sorprendidos, incapaces de coger instantáneamente la armonía de su expresión desorientadora y trágica. En el delineamiento grupal hay una contracción lógica, pero dura, casi diríamos fragorosa. Al sentirla, intentamos una selección eliminativa de los rasgos violentos, querríamos ablandar la quebradura de los ángulos, pero el grupo lo impide con toda la energía de su verdad, de su belleza. Es una concreción de vida tan intensa que llega por sugestión de líneas similares al borde de lo sublime. Su carencia de perfiles curvos, de los que dominan en la gracia de la forma, en las redondeces de los hombros y las caderas, y su violencia en los rectos, en los que dominan en lo sublime de la naturaleza, en los despeñaderos, en las cumbres, le dan un carácter sombrío que nos envuelve en la vaguedad del asombro estético. Más, pasado un momento, entramos en la verdad artística del grupo, sentimos su belleza humana, sencillamente humana. Sus movimientos quebrados son los propios de la emoción que lo concentra. El carácter lineal del miedo, en la actitud, es la angulosidad, el doblez de los músculos flexores. El temor, que es movimiento hacia adentro, auna los planos, lucha por presentar la menor superficie al peligro, por recluirse en un centro mínimo. La mendiga se recoge en actitud moral y plásticamente lógica, se une á su hija para reducirse, para huir con ella la amenaza circunstante, se repliega en pavorida fuga hacia sí misma, hacia el anonadamiento definitivo como hacen por ley ineludible ante el peligro, el insecto en la hoja y el hato en la montaña. Pero no todo es anguloso en esta obra. En movimiento contrario al de las figuras, huyéndolas, desdoblándose, aligero y tumultuoso, en ondulaciones arrebatadas por la ráfaga, el manto de la mendiga contrasta con la dureza de las flexiones rítmicas del grupo. El manto no viste; no es elemento decorativo, ni tema para lucir flexibilidades modeladoras: está allí para completar la sensación de la ráfaga; en él sentimos el soplo vendavalesco, unido, incorporado á la escena lúgubre; está ahí pasando sin pasar, arremolinando los vestidos, silvando entre los pliegues vertiginosos de la piedra. Es audacia escultórica ese manto que se viene sobre nosotros con retorcimientos de llama ladeada por un soplo. Sus ondulaciones nos dan en la faz, sentimos el aire batido por sus arrebatos y lo vemos flotar en el ambiente sombrío, como un relámpago de blancura. Mas, si en el torbellino de los pliegues, el mármol se ve blanco por la luz reflejada, en las figuras se muestra con ligerísima coloración violada. El artista lo escogió así por ser propicio á la entonación pictórica del grupo. El mármol albísimo de las venas y los apolos no habría sido el óptimo para la expresión de las carnes amoratadas por el frío y los harapos humedecidos por las brumas violáceas del invierno. En la piedra debe soñar el horizonte. El azul, gris, el rosa y el blanco de las lejanías no mueren sin dejar algo de sus tintas en las rocas. Velado de tenuísimas coloraciones lívidas, pulido en la nieve y las carnes y mate en el suelo y los harapos, el mármol se envuelve en una atmósfera impregnada de frío, de luz y de penumbra suaves.

Su color nos da el tono del paisaje, y el movimiento de sus pliegues, la ráfaga del viento. La escultura no cincelada en lo blanco, entra á la vida del relieve tanto como á la vida de la luz; está en el



BOTANDO AL AGUA EL BOTE-SALVAVIDAS

CUADRO DE BERNARDO GRIBBLE

límite preciso y vago en que la forma se esfuma en perspectiva y la línea en matiz.

El grupo, á pesar de la desproporción de los valores aritméticos de las masas, es de estricta armonía en los valores plásticos de las figuras. En la cara de la niña no hay espanto sino asombro. Cerrado aún su espíritu á la conciencia de la vida interior, no piensa, mira; no reflexiona, vive de fuera, del mundo que la rodea. La madre puede abstraerse, hundirse en la obscuridad de su existencia mísera, la hija nó; para ella no hay más peligro que el visible y atorbellinado de la ráfaga, al que opone sus ojos desmesuradamente abiertos. Su mirada la escuda. Ninguna sombra irá más allá de esas claridades inocentes, en que tiembla su alma en flor. Pero si su movimiento corporal se une al de la madre, en flexiones de refugio, su movimiento moral nó. La niñez sale al encuentro de la vida; alienta de lo que ve y sus instintos oscuros, pero ansiosos, corren, saltan hacia la alegría de los confines azules. Replegada, pero atenta; recogidas las líneas de su cuerpo, pero abiertas las profundidades de sus ojos, la niña mira sin espanto al cielo revuelto por la ráfaga sombría.

La madre está esculpida talvez con demasiado color escultórico. Hay en ella notas excesivamente suaves, como las manos casi bellas, que no corresponden á una vida de trabajo y miseria, y notas excesivamente rudas, como el nacimiento de los dedos gruesos de los piés, que exageran sus proporciones óseas y contrastan con la delicadeza de las manos. Pero la demacración, la caída laxa de los músculos palpebrales, la flacidez macilenta de la boca y las mejillas, la estrechez de la frente y la amplitud de las mandíbulas, son rasgos dados por el artista en la persecución de la más intensa realidad, sin descuidar un instante la belleza ni la armonía escultóricas. Así, veló con los pliegues del manto la cavidad que la elevación de los hombros debía mostrar entre el cuello y la clavícula, cavidad que habría sido una mancha demasiado extensa en el equilibrio de las luces y las sombras. El modelado total es, pues, correcto y sentido, y los rasgos de la actitud, soberbios y únicos. Nada más decisivo

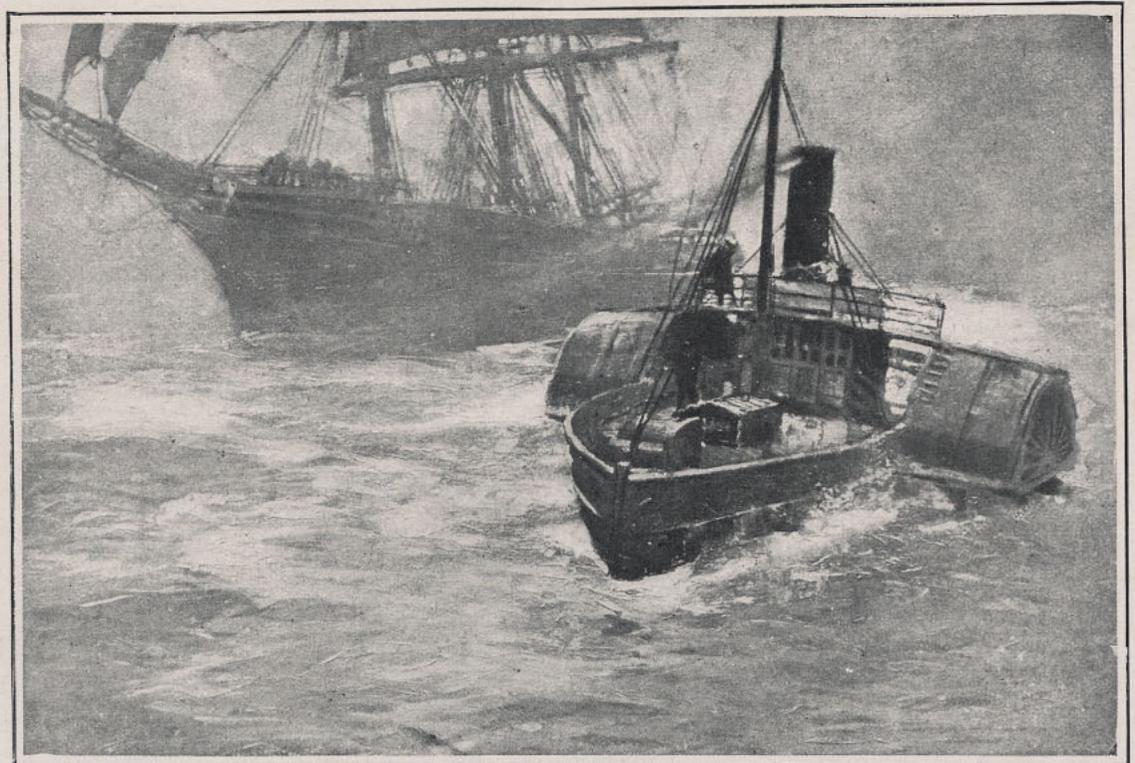
de la expresión que esa mano que se pone sobre el centro de la vida, y que esos ojos que se cierran á la tormenta del mundo exterior. Hay actitudes que se nos presentan incompletas, mutiladas en su expresión, y á las que los gestos complementarios hace más falta que á las esculturas clásicas sus miembros perdidos. La actitud es el movimiento del alma exteriorizándose en el movimiento de las formas. En la mendiga no advertimos la carencia de ningún rasgo expresivo. Ante el peligro se concentra en la visión de sí misma, en su miseria; mira hacia adentro, á su vida moribunda y su frío la hiela más que la ráfaga del invierno. El suspiro que exhalan sus labios trémulos es grito de naufraga perdida en inmensidades oscuras.

En su agonía sus miembros se ateren, los latidos de sus venas se apagan, el calor de su corazón se extinguee, pero ella lo sostiene un instante aún con su mano mísera, posada ahí sobre ese punto

extremo del cual parte la vida como ave que emprende el vuelo desde una cumbre desolada y fría... No pudo el artista dar á esa mano un gesto más concorde con la angustia del momento.

El grupo es la historia de la vida en un trozo de mármol. Empezamos deslumbrados y terminamos pavoridos. Nuestros ojos se abren para recibir la luz, se ahondan para copiar las formas, se dilatan para recoger los horizontes y anhelosos de las visiones últimas, persiguen toda línea ó claridad que los exalte en alegría terrible de sentirse abiertos ante la eternidad de los abismos azules. Pero transcurridos los años, los ojos se cierran... ¿A qué pasar y repasar la mirada por los confines interminables si nunca hemos de ir más allá de sus rosas ni de sus oros? ¿A qué detenerse en la vida de las formas animadas ó inanimadas, agresivas ó acariciadoras, alegres ó dolorosas, si sabemos que en su fugacidad son apenas un gesto del misterio? La única luz es la íntima; sólo vemos lo que sentimos; la naturaleza es nuestro corazón.

MIGUEL LUIS ROCUANT



"AL GARETE"

CUADRO DE FRANK BRANGWYN

Francisco Coppée

(En el tercer aniversario de su muerte)

Mignone, c'est l'Avril. Que c'est loin le décor!
Tout bleu de lune. ¡Agar avec sa voix profonde.
Le passant florentin à chevelure blonde,
et mes vers d'ecoller d'ets tes lèvres d'or!

Así escribía, poco tiempo antes de morir, el dulcísimo poeta de los amores sencillos y de las nostalgias hondas, á la incomparable Sarah Bernhardt, recordándole el triunfo de *Le passant* que Sarah y la Agar estrenaron en el Odeón el año 1869, cuando Coppée era todavía un muchacho gentil, repleto de esperanzas y de sanas energías, y la grande artista una risueña cabeza primaveral.

El idilio delicioso de *Le passant*, engastado en los versos armoniosos, intensos y sentimentales de Coppée, desparrramados en cascada de perlas por los *lèvres d'or* de Sarah Bernhardt, obtuvo éxito maravilloso y cimentó, en base inmovible, la gloria del poeta.

¿En qué oído no ha sonado alguna vez el nombre de Coppée?

Sus obras han invadido el mundo triunfalmente, y de los contemporáneos franceses, ninguno más popular que él, ninguno más simpático, ni más querido.

Era un sensitivo exquisito, un admirable temperamento de soñador y, á la vez, un consciente psicólogo de la vida. Su alma, llena de ternuras, estuvo siempre al lado de los indigentes y supo de las acerbas penas del tugurio y del frío de los harapos; conoció las abnegaciones de los corazones honrados y entendió la verdadera grandeza de los humildes.

Coppée era el poeta del pueblo, entrañablemente amado, y hasta con cierto egoísmo, pues los vecinos de la calle Ondinot, en donde el hotelito del poeta levantaba su vieja y sombría fachada, impidieron siempre que buscara nuevo domicilio, aprisionándolo á su lado con cariñosa avaricia. Y ahí vivía solo.

Muy joven, había perdido á su padre, que murió paralítico; en seguida, á su buena madre, á su madre adorada, y, por último, á la hermana querida, á la última compañera que le quedaba, á mademoiselle Amélie. Todos se habían ido á dormir, prematuramente, al cementerio de Montparnase. El poeta solo veía una nicho vacío...

Estos golpes morales, tenazmente descargados sobre el sensible corazón de Coppée, acrecentaron esa enorme melancolía que siempre llevó en el alma y que se desparrramó en dejos dulcísimos sobre las páginas de sus libros.

Así se convirtió en incurable enfermo de *spleen* y en fumador tenaz y ardoroso: el cigarrillo le acompañaba á toda hora, aspiraba el humo con fruición y contemplando perezosamente sus espirales azulejas, se adormecía soñando, mientras la musa lo besaba en la frente, poblándole el alma de canciones.

Pero el cigarrillo que Coppée amaba tanto, lo traicionó al fin, enfermándole la lengua, y el poeta murió aniquilado por el cáncer.

¡Qué inmensos contrastes tiene la existencia!

¡Muere flagada la lengua que sólo bondades y ternuras ha sabido desparrramar!

¿Por qué no se les atrofia la lengua á los blasfemos de la vida?

Siempre hallo un misterio que me desespera.

Las novelas de Coppée son, á un tiempo, novelas y poemas. Asoma en ellos el realismo sano y discreto del observador sagaz y canta el verbo armónico del poeta.

El mismo se sintetiza en una de sus obras, personificándose en Amadeo Violette, protagonista de su novela "Toda una juventud".

Como advierte Eduardo Zamacois, en esa obra del poeta se trasluce en todas partes. Y es así. Coppée enseña ahí su corazón consumido y desilusionado por el eterno ideal; levanta la misma, perdurable quijada de Gustavo Bécquer, llamando al imposible.

Soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte... ¡Oh, ven, ven tú!

Oigamos á Coppée, encarnado en su personaje:

"Pobre, pero orgulloso y puro como un lis, ha guardado intacto el tesoro de su juventud y de sus ilusiones, y cuando una pecadora le mira riendo, baja los ojos como una virgen, sus ojos profundos con cejas aterciopeladas, reservándose para una Beatriz futura... Indudablemente, el noble niño no ha vivido; más ¿para qué le sirve la vida á los poetas, sino para herir y marchitar sus quimeras?"

Como dramático, Coppée llegó á posesionarse admirablemente del intrincado laberinto escénico y, en prueba de ello, después de vencer con *Le passant*, conquistó nuevos triunfos con su *Severo Torelli* y, posteriormente, en 1895, cuando ya se sentaba entre los *inmortales*, con la representación de su magnífica obra *Pour la Couronne* que obtuvo más de cien representaciones.

Coppée no fué nunca un excéptico. Es verdad que las creencias heredadas de su madre, se debilitaron durante un tiempo y el poeta se sintió asfixiado con los aires repletos de socialismo que cargaban la atmósfera de su tiempo; pero el alma sana y tierna del sensible visionario, rendida por los más santos afectos, exclama muy pronto, en una conversión definitiva á la fe cristiana: "¡Es por la esperanza de tornar á ver á mi madre, por lo que quiero creer en la vida eterna!"

A esta nueva época (desde 1897) corresponde el libro *La Bonne Souffrance* que el poeta escribió en su lecho de convalescente, después de una enfermedad que lo hizo entrever las puertas de la tumba.

Fuera de esto, Coppée había escrito *Les Humbles*, título principal de su prestigio literario; *Mon franc parlé* (cuatro tomos de crítica); *Intimités, Recits et Elégies, Le Cahier rouge* y numerosos poemas.

Ha dejado, pues, el poeta obra fecunda y perdurable, no sólo como labor literaria, sino como esfuerzo moral; y sobre sus páginas de inimitable sencillez, han rodado y rodarán las más puras lágrimas de ternura de los corazones sensibles que como el del poeta, vibran con todas las emociones de la vida, se conmueven con sus dolores y crepitan con sus anhelos.

TOMAS GATICA MARTINEZ

“LA BANDERA”

Episodio de la guerra de la Independencia de Chile



A fatal jornada del 2 de Octubre de 1814 tuvo por consecuencia inmediata la capitulación de Rancagua. Un ejército entero hecho prisionero y obligado á abandonar sus bagajes, sus caballos, su artillería, sus armas... Espantosa catástrofe! Aquel día se vió llorar á los oficiales y á los soldados patriotas de dolor y de rabia.

Todos hubieran preferido morir á rendirse... Pero el destino lo había dispuesto así y hubieron de resignarse...

Hubo, sin embargo, quien se negó á aceptar las condiciones impuestas por el enemigo, y los que de esta manera procedieron,

—¿A qué arma pertenecíais?—preguntó el oficial.

—Caballería.

—¡Muy bien!—respondió el oficial,—seguidme y os conduciré al jefe de Estado Mayor.

Llegaron á una tienda de campaña en la que flameaba la bandera bicolor, é introduciéndose, dijo el oficial:

—Un escapado de Rancagua... de caballería...

Y volviéndose hacia el joven, añadió:

—Entrad.

En la habitación donde penetró el soldado de Rancagua, había á la sazón cuatro altos jefes, uno de ellos de cierta edad, y que á



atravesaron las filas de los realistas, unos para incorporarse á las fuerzas del general San Martín, en Mendoza, y otros para refugiarse en los pueblos inmediatos...

¡Qué triste situación la de aquellos pobres soldados!... Extenuados por los sufrimientos, desnudos, hambrientos, más bien que hombres parecían fantasmas que abandonaban sus tumbas...

Se calcula en 200 el número de los que llegaron á Mendoza, exponiendo cien veces su vida para no sufrir la vergüenza de una muerte ignominiosa ó los rigores de la esclavitud...



Un día del mes de Noviembre de 1816, se presentó en la tienda del general en jefe del ejército de los Andes, en el campamento del Plumerillo (Mendoza), un joven vestido de poncho y con el “chambergó” en la mano.

—¿Qué queréis?—le preguntó un oficial al verle.

—Soy un soldado,—contestó el joven,—estaba en Rancagua y vengo de Chile.

—Bien—contestó el oficial sin aparentar sorpresa.

Todos los días se presentaban oficiales y soldados escapados de Rancagua.

juzgar por su casaca galoneada hasta el cuello y una faja encarnada colocada sobre el pecho á guisa de banda, debía ser el jefe de Estado Mayor.

Este, después de medir con una mirada al joven soldado, tomó la palabra:

—¿Habeis estado en Rancagua?

—Sí, señor.

—¿En qué cuerpo servíais?

—En el de “Auxiliares Cordobeses”, al mando del general Balcarce.

—¿Qué grado teníais?

—Sargento.

Los cuatro jefes cambiaron una mirada de sorpresa.

Por el aspecto distinguido del joven, habían creído que era un oficial.

—Me llamo Enrique Palacios,—dijo el joven,—y soy natural de Córdoba.

—Perfectamente. Ahora decidnos lo que deseais.

—Señor,—contestó el joven con acento conmovido;—pertenezco á la Patria como soldado y como ciudadano, y vengo á pedir armas para volver al lado de mis compañeros, y si esto no es posible, quiero que se me agregue al primer regimiento que parta para la guerra.

—Se procurará complaceros. Pero tened presente vuestro grado.
—Si algo se opone á que se conserve, volveré á las filas de soldado raso.

—No se os puede negar vuestro grado ni los méritos que habéis contraído para mejorarlo. Hoy mismo quedará resuelta vuestra solitud.

—¡Parece un buen muchacho!—dijo uno de los jefes al que tenía al lado; y agitando una campanilla que había sobre la mesa, llamó, apareciendo seguidamente en escena otro personaje, que tenía el aspecto de un oficial ayudante.

—Este joven se llama Enrique Palacios,—dijo,—y es sargento de los "Auxiliares Cordobeses" en Chile. Que se le dé de alta en el primer escuadrón de "Granaderos á Caballo".

Y encarándose con Palacios, prosiguió:

—Podeis retiraros. Pero antes recibid mis felicitaciones por el entusiasmo y patriotismo que demostráis en aras de la libertad. La Patria os agradecerá vuestro sacrificio...

—Antes de retirarme, señor,—le interrumpió el joven,—tengo que entregaros un objeto precioso para todo buen patriota...

Todas las miradas se fijaron en el joven sargento, pero éste, sin inmutarse, se levantó el poncho, y desabrochándose la blusa, sacó una bandera atravesada por tres balazos, que llevaba cuidadosamente ceñida al cuerpo.

—Esta, al menos,—exclamó con orgullo,—no ha caído en poder de los realistas.

Hubo un momento de silencio solemne.

La emoción y la sorpresa embargó el espíritu de los circunstantes.

—¿Cómo está en vuestro poder esa bandera?—preguntó uno de los jefes, que tenía el grado de coronel.

Enrique Palacios contestó:

—Se luchaba desesperadamente en Rancagua, pero desgraciadamente nada podía el valor contra el número de los enemigos... Estábamos encerrados en un círculo de hierro... Los proyectiles silbaban por todas partes como los cohetes de los fuegos artificiales... Sin aliento, y completamente desmoralizados, huían en terrible confusión los soldados y los oficiales de todos los cuerpos, siguiéndoles los disparos de los cañones enemigos, y acaso adelantándolos... ¡Qué horribles momentos!... En esto cayeron sobre nosotros varios escuadrones, y como no podíamos dejarnos matar impunemente, nos metimos entre ellos para disputarles nuestras vidas... Perdí el caballo y seguí defendiéndome á pie... Detrás de mí cayó un abandonado... ¡La bandera!... exclamaron cuatro soldados enemigos cayendo como buitres sobre el inanimado cuerpo del aquel valiente... ¡La bandera!... La bandera!... repetí yo con toda la fuerza de mis pulmones... No sé lo que pasó después... Cuando pude darme cuenta de lo que sucedía á mi alrededor, me ví rodeado de cadáveres y con la bandera en la mano... Todos los soldados que habían

acudido á mis gritos de desesperación, habían pagado con la vida su amor á la Patria... Yo me rodeé la bandera al cuerpo y seguí huyendo y luchando á pesar de que estaba herido... ¡No debía morir aquel día!... Dos horas después hallé asilo en el rancho de un viejo que había sido soldado, recibiéndome él y su mujer como á un hijo... Me hicieron la primera cura, y un sueño benéfico restauró mis fuerzas... Cuando desperté al día siguiente, me dijo la mujer de mi protector:

—Mi marido ha ido á Santiago á saber lo que pasa por allí, encargándome que no os deje partir antes de que él vuelva.

El día estaba avanzado cuando llegó el viejito.

—Todo está perdido,—me dijo con voz ahogada por la emoción.—El ejército en masa ha sido derrotado. El que no es prisionero es fugitivo...

Los tres nos echamos á llorar como tres niños...

—¿Y vuestra herida?—me preguntó el pobre viejo.

—Gracias á vuestros cuidados, me siento bien,—le contesté.

—Y ¿qué pensais hacer, ahora?...

Como verdaderamente no sabía lo que iba á hacer, vacilé en contestarle.

—Si quereis caer prisionero, volved á Rancagua...

—¡Nunca!—exclamé.

—Los enemigos marchan sobre Santiago, pero en Mendoza se organiza un ejército formidable para venir á batirles.

—Iré á Mendoza,—dije.

—En el camino caereis prisionero...

—¿Qué debo hacer entonces?... Dadme vuestro consejo.

—Curáos primeramente, y una vez curado, quedáos con nosotros.

Aquí podeis esperar los acontecimientos, y cuando creais propicia la ocasión, incorporáos al ejército libertador... Se me olvidaba advertiros una cosa: no conserveis puesto vuestro uniforme de patriota...

A los ocho días abandoné la casita, y no sin arrostrar grandes peligros y fatigas, y gracias á este disfraz, he conseguido atravesar por las filas enemigas y entrar en Mendoza, llegando hasta aquí..."

Enrique Palacios, fué oído con la mayor atención y el más vivo interés, recibiendo, después de terminar su relato, una verdadera ovación de aplausos y felicitaciones...

• • •

Aquel mismo día recibió de manos del general en jefe del ejército de los Andes, el nombramiento de subteniente de "Granaderos á Caballo".

MARIA DEL CARMEN LOBO ARRAGA

Buenos Aires, 1911.

Pida Ud. sus

Artículos Fotográficos

á Hans Frey

Pidase catálogos

VALPARAISO

Como se obtiene un hermoso Pecho

¿Quiere Ud poseer un busto de formas opulentas y ufanas, un seno firme y lleno sin exceso, y una graciosa lozanía? Tome Ud las PILULES ORIENTALES. En algunas semanas su busto se desarrollará y se pondrá firme de aparecerán las sobresalidas osudas, los huecos se colmarán, y su busto no tendrá ya nada que envidiar al de sus amigas más favorecidas por la Naturaleza. He aquí lo que escribe la señora Emilia R. de Roubaix:

"Muy señor mío: Acabo de hacer uso de las PILULES ORIENTALES para la reconstitución del busto y debo expresar mi gozo tan grande, pues que ya tengo el busto perfecto que yo deseaba. Está sorprendente y sin embargo está exacto."

Y la señorita María F. Plaza del Archevché á Tours:

"Hasta hoy tengo razón para declararme muy satisfecha por el excelente resultado producido por las PILULES ORIENTALES y tengo gusto en darle mis gracias y atestiguarle mi admiración profunda por un producto tan maravilloso."

Las PILULES ORIENTALES son siempre bienhechoras para la salud y son eficaces para las muchachas cuyo desarrollo está retrasado como para la mujer cuyo busto carece de volumen ó de firmeza. La cura es fácil al ser seguida, ea secreto produce un resultado durable en cerca de dos meses solamente.

Un frasco con instrucciones á París 6 fr. 35.—De venta: J. Ratié, Pharmacien 5 Passage Verdeau, París.—En Santiago: Max Mengin y Cía. En Valparaíso: Daube y Cía, y en todas las buenas Farmacias y Dr.guerías. Exigir sobre las cajitas el sello francés de la "Union des Fabricants".



Tempestad



Buen tiempo fijo



Harina Lacteada Nestlé

SEDLITZ

Charles CHANTEAUD
de PARIS

El Mejor de los Purgantes

Depósito en todas las Buenas Boticas



CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Evíjase la Marca de Fábrica: **J. SIMON - PARIS.**

VINOLIA

Jabones, Perfumes, y Artículos de Tocador



Las personas cuidadosas de su cutis usan el jabón VINOLIA con absoluta confianza pues saben que es el mas conveniente para una tez delicada. * * * * *

Todos los productos VINOLIA son igualmente perfectos. * * * * *

L. LEGRAND
Parfumeur
Paris



Pedir los exquisitos perfumes:

Violette Comme il faut
Reve d'Ossian
Jardin d'Armide
Inspiration
Apothéose, etc.

De venta en las principales Farmacias y Perfumerías

REUMATISMO, GOTA, MAL DE PIEDRA

CURADOS POR LAS

Sales de Litina

EFERVESCENTE

LE PERDRIEL

Superior á todos los demas disolventes del Acido úrico :: :: :: ::



DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



EN LA TERRAZA

CUADRO DE D. RIDWAY KNUIGHT

SUMARIO

| TEXTO | Págs. | | Págs. |
|---|-------|---|-------|
| Hechos y notas, por Luis Orrego Luco. | 34 | O'Higgins en Buenos Aires. | 57 |
| Las obras maestras de la pintura. | 36 | Doña Carolina Coronado, por Guillermo Muñoz Medina. | 59 |
| El desaliento, por Wini. | 38 | GRABADOS | |
| El combate de Iquique, por Tomás Gatica Martínez. | 39 | Pedro el Grande salvado del naufragio. | 34 |
| Como en los bellos tiempos de Antaño. | 40 | La pastora, cuadro de Max Liebermann. | 35 |
| La muerte de Chopin. | 41 | La muerte de Chopin, cuadro de F. Barrias. | 41 |
| Sinfonía del viento insular, por A. Bórquez Solar. | 43 | La vuelta de la pesca, cuadro de Ettore Tito. | 42 |
| Fragonard improvisador, por R. de la Sizeranne. | 44 | El patrón del falucho, cuadro de Stanhope A. Fabre. | 43 |
| El motín de Figueroa, por B. Vicuña Subercaseaux. | 50 | Su primer pesar, cuadro de G. E. Ibick. | 52 |
| Aquí no hay más gallo que yo, por E. Rodríguez Mendoza. | 54 | Danza española, cuadro de Walter Zampel. | 61 |
| Recordando á Verlaine. | 55 | INSERCIÓN | |
| | | Abandonada, cuadro de Adolfo Echiler. | — |

Pida Ud. sus

Artículos Fotográficos

á Hans Frey

Pidase catálogos

VALPARAISO